



UNAM IZTACALA

Universidad Nacional Autónoma de México

---

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

“Sujeto Decentrado de Sí”

**TESINA**

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE

**LICENCIADO EN PSICOLOGIA**

PRESENTA

**BUENSUSESO SANCHEZ LEON**

Dictaminadores: Dra. Irene Aguado Herrera

Dra. Laura Palomino Garibay

Lic. María Luisa Hernández Lira



Los Reyes Iztacala, Edo. de México, Septiembre 2012.



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

“El Sujeto no puede otorgarse la identificación narcisista a sí mismo. Requiere de un reconocimiento que sólo el Otro puede provenir. Solo no eres nadie. Es preciso que el otro te nombre. Pero ese otro que puede nombrar al aspirante es también un Sujeto, sujetado, que viene a representar ante el que demanda reconocimiento. El otro (quien sea) asigna los lugares, el yo sólo puede ser producido y ratificado como siendo, como siendo único, individual y distinto, por el Otro”

Nestor Braunstein

“No todos los talentos se manifiestan siempre de la misma manera, porque nadie piensa exactamente del mismo modo”

Stephenie Meyer

## AGRADECIMIENTOS

A quienes me han heredado el logro más importante en la vida: Mi Familia, éste esfuerzo es para ustedes.

Madre: Agradezco tu confianza, amor y respeto a mi libertad de ser y de hacer lo que hago de acuerdo a mi deseo y conciencia, lo cual me ha construido hasta ahora.

Padre: Agradezco tu cariño, apoyo y esfuerzo para formarme como sujeto de provecho, tus enseñanzas son remembranza de lo que eres.

Hermanas: Su ejemplo de superación ha sido pilar para conseguir mis objetivos y plantearme nuevas metas en la vida.

A ustedes gracias por aceptarme como soy y sin esperar nada a cambio dieron todo: Los Amo.

A la Dra. Irene Aguado Herrera: Agradezco sus conocimientos emitidos al igual el tiempo que dedico a escucharme y apoyarme, pero sobre todo, el ser parte del cumplimiento de un gran deseo.

De igual forma gracias a la Dra. Laura Palomino Garibay y a la Lic. María Luisa Hernández Lira, por aceptar integrar el comité dictaminador, sus conocimientos y aportes fungen de soporte para mi trabajo.

Agradezco a mis amigos por aceptar formar parte de mi vida y por la complicidad que nos une en cada momento que compartimos, son parte de éste logro y esfuerzo. Estaré siempre agradecido con ustedes.

Finalmente gracias Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala.

Leon Buensuseso Sánchez.

# INDICE

RESUMEN	5
INTRODUCCIÓN	6
CAPÍTULO 1	
EL CONCEPTO DE SUJETO EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA	10
1.1. Relación Sujeto-Objeto	11
1.2. El aparato psíquico y la instancia yoica	22
1.3. Relación Yo-Sujeto	26
1.4. Teoría del Sujeto	28
CAPÍTULO 2	
CONCEPTO DE SUJETO	32
2.1. Sujeto y subjetividad	33
2.2. El lenguaje como constitución del sujeto	37
2.3. Sujeto del inconsciente	41
2.4. La Identificación	44
2.5. El Sujeto, el otro y el Otro	49
CAPÍTULO 3	
CONCEPTO DE SUJETO Y DIFERENCIACIÓN	51
3.1. El sujeto de la singularidad	54
3.2. Transmisión transgeneracional	58
CONCLUSIONES	68
BIBLIOGRAFÍA	72

## RESUMEN

Retomar el tema sobre el Sujeto cobra relevancia en nuestros días, porque es precisamente lo que menos aparece en los discursos que pretenden dar cuenta de él. Hablar de Sujeto, implica una toma de postura con respecto a su proyecto, abriendo la posibilidad de ampliar sus opciones o de restringir el espectro de sus deseos y alienarlo en las prescripciones de lo que en el discurso es admisible. En la actualidad, evocar al Sujeto se debe partir tomando en cuenta la existencia de los psicoanálisis, en dónde resulta evidente que cada una de las grandes corrientes psicoanalíticas contemporáneas posee su propia concepción de subjetividad y que tienen en realidad una forma particular de pensar al Sujeto. En este sentido los conceptos no están acabados, esto ha permitido a otros psicoanalistas cuestionarse y aportar nuevas formas de entender los textos de Freud; por tal motivo, el objetivo de la presente tesina es entender el concepto de sujeto en la teoría psicoanalítica.

# INTRODUCCIÓN

En el campo de la psicología existen diferentes teorías, las más representativas son el conductismo, el cognocitivismo y el psicoanálisis, las cuales desarrollan y dan cuenta de sus diferentes objetos de estudio. Para el conductismo, el objeto de estudio es la conducta la cual se puede observar y medir; para el cognocitivismo, el objeto de estudio son los procesos que los individuos realizan para adquirir y ordenar la información que les permita actuar en su medio; finalmente para el psicoanálisis, su objeto de estudio es el inconsciente como cualidad predominante del sujeto; se hace mención de estas tres teorías psicológicas, únicamente para ejemplificar las diferentes vertientes que cada una de ellas desarrolla para su objeto de estudio, así como sus particulares premisas epistemológicas. Para este trabajo la teoría que se retomará será el psicoanálisis, ya que uno de los aspectos principales en la teoría freudiana y de las premisas epistémicas dentro del discurso psicoanalítico es el sujeto; la comprensión y análisis de este concepto puntual nos permite ubicar la lógica propia del psicoanálisis y en consecuencia diferenciarlo de otros discursos y objetos de estudio dentro del campo de la psicología.

Así mismo, de entre todos los discursos que el hombre ha generado acerca de la vida anímica del hombre, hay uno en particular que lo encara de manera abrupta con aquello que él no sabe que es, pero que no por ignorarlo es menos definitorio de la condición que ha adquirido: el psicoanálisis. Es por tal que para el psicoanálisis, el concepto de Sujeto refiere a un Sujeto escindido, atrapado, sujetado a diversos aspectos como la cultura, el lenguaje, a la Ley, y a la estructura edípica, entre otras.

Es entonces que un primer momento tendríamos que preguntarnos ¿Qué es el sujeto? ¿Por qué el sujeto se descentra de sí? ¿Qué evocamos al conceptualizar al sujeto? Éstas y muchas otras preguntas se pueden formular y

pensar en torno al concepto de sujeto; sin embargo, no sólo se tiene que abordar al sujeto como cuestión sino también como proyecto.

El tema del (o sobre el sujeto) sujeto cobra relevancia en nuestros días, porque es precisamente lo que menos aparece en los discursos que pretenden dar cuenta de él. Hablar de sujeto, implica una toma de postura con respecto a su proyecto, abriendo la posibilidad de ampliar sus opciones o de restringir el espectro de sus deseos y alienarlo en las prescripciones de lo que en el discurso es admisible. Pero ¿De qué se trata? Se trata de un cuestionamiento radical de la razón, cualquiera que sea para dar cuenta del sujeto ya que, no hay razón que, por sus propios fueros pueda imponerse como verdad a la propia razón tal como dice Freud, “no hay nada que impida al pensamiento ser crítico del propio pensamiento”.

Por otro lado, lo que caracteriza el concepto de Sujeto es su cualidad inconsciente; para plantearnos un Sujeto des-centrado de sí, se atiende a un sujeto movido, atrapado, pulsionado, por lo que de sí no conoce, sujetado a determinaciones que le son propias pero de las cuales no puede dar cuenta “la verdad de su saber y el saber de la verdad, efecto de la falta, constituido por ende a partir del deseo que lo hace venir deseante”. Lacan (1966) plantea que el fin de un análisis, lejos de disminuir la división de un sujeto, la va a ahondar. De forma tal que, al fin de un análisis hay más inconsciente y más división del Sujeto.

No hay corriente ni autor psicoanalítico, empezando por el propio Freud que no haya tenido como referentes implícitos diversas conceptualizaciones sobre el Sujeto o que no haya hecho aportes significativos, por lo anterior, Perrés (2003) afirma que no se ha gestado ni ha existido una sola teoría psicoanalítica que no conlleve también implícitamente una reflexión sobre el Sujeto, es decir una Teoría del Sujeto.

De forma teórica, en un primer momento, la palabra Sujeto en la obra de Freud es muy poco utilizada, su uso tiene que ver más con aspectos epistemológicos de la clásica relación sujeto/objeto, Freud no abordada ni



desarrolla la teoría del sujeto así como su conceptualización, sino más bien dentro de su teoría en las *Nuevas Conferencias del Psicoanálisis*, propone hacer del yo, el objeto de su investigación, el yo puede tomarse a sí mismo por objeto, tratarse como a los otros objetos, observarse, criticarse; una parte del yo, se contrapone al resto, por lo que este Sujeto, se encuentra correlacionado con el objeto, objeto de pulsión, objeto de deseo; es aquí donde tenemos enunciada implícitamente la “Teoría del Sujeto” que subyace en buena parte sino es que en todas las conceptualizaciones de Freud sobre el tema. La misma, debe revisarse en el concepto del Yo, que sólo puede ser entendida en sus complejas articulaciones con otros conceptos que tejen el cuerpo teórico del psicoanálisis como: la sexualidad en general pero en particular, por medio de la estructura y el Complejo de Edipo.

Del mismo modo, la importancia social de evocar al sujeto ya que actualmente no podemos establecer la existencia de un psicoanálisis sino de los psicoanálisis, resulta evidente que cada una de las grandes corrientes psicoanalíticas contemporáneas posee su propia concepción de subjetividad. Si consideramos que cada una de ellas, tiene en realidad una forma particular de pensar al Sujeto, es decir, su propia Teoría del Sujeto. Pero no siempre, dicha teoría se encuentra de manera explícita en las concepciones psicoanalíticas; por tal motivo Perrés (2003) menciona que el gran mérito de buscar y desarrollar el tema de manera explícita se lo debemos a Lacan. Del mismo modo de acuerdo con Ortega (1993) “La teoría psicoanalítica es muy vasta, dada su forma de abordaje en donde los conceptos no están acabados, esto ha permitido a otros psicoanalistas cuestionarse y aportar nuevas formas de entender los textos de Freud, como Lacan, quien se consideraba estrictamente Freudiano y qué a través de apegarse a la lectura de la obra de Freud, retorna a este, aportando una nueva forma de entender los conceptos y los postulados del psicoanálisis y del mismo Freud, a los largo de su obra modifica, agrega y redefine sus conceptos, dejándonos la enorme tarea de ir más allá de donde él llegó” (p.3).

Continuando con el tema de Sujeto, en el sentido analítico para llegar a una conceptualización del Sujeto, Assoun (1993) lo define como aquel ser viviente muy particular que tan sólo se relaciona con su propio ser cuando experimenta esa división constituyente del saber y de la verdad y cuando lo reproduce según la lógica que instituye el saber analítico (incluso no existe más que ese saber para hacer su teoría y sirve fundamentalmente para eso).

Otros autores han retomado esta teoría llegando a una cierta conceptualización del sujeto; por tal motivo el objetivo de la presente tesina es entender el concepto de sujeto en la teoría psicoanalítica; a través de un breve repaso por la historia del concepto y las diferenciaciones sobre el concepto de Sujeto; retomando para ello algunos autores como Freud y post freudianos como: Assoun, Ramírez y Anzaldúa, Perrés, Vergote, Lacan, entre otros. El presente trabajo aborda a lo largo del capítulo la relación del concepto de Sujeto con el desarrollo que Freud realiza en la teoría del objeto y del yo; en el capítulo dos se revisa lo relacionado a la conceptualización del Sujeto desde diferentes autores y se desarrolla algunos aspectos que estructuran y constituyen al Sujeto y en el capítulo tres se trata de evocar y distinguir la singularización de Sujeto partiendo de la transmisión transgeneracional.

# 1.- EL CONCEPTO DE SUJETO EN LA TEORÍA PSICOANALÍTICA

*“... el elemento yo en el cual el sujeto se reconoce a sí mismo desconociendo su alienación originaria.”*

*Braunstein, N.*

La palabra sujeto es poco usada en la obra de Freud (descartando el concepto como tal) en ocasiones es encontrado este término pero su uso tiene que ver con los aspectos epistemológicos de la clásica relación sujeto-objeto. Cabe mencionar que todo el psicoanálisis podría leerse como una reflexión sobre el objeto (objeto de la disciplina, objeto de la pulsión, objeto de deseo, pérdida del objeto, relación de objeto, etc.). Así mismo, los diferentes planos de la objetividad se encuentran trabajados minuciosamente por Freud y sin embargo, no se encuentran trabajadas las consideraciones sobre el sujeto, la subjetividad y la subjetividad. Las teorizaciones sobre dicha objetividad abren líneas de reflexión sobre el otro polo de la relación entre sujeto/objeto, Green (en: Perrés, 2003) menciona al respecto “decir objeto que es ante todo objeto de deseo, es proponer la existencia de un sujeto que no adviene a sí mismo, más que por el movimiento que lo lleva fuera de sí mismo, hacia otro y lo reconduce a sí mismo. Es entonces como sujeto de una búsqueda que debemos concebirlo”.

Si bien el concepto de sujeto está implícito en toda la obra freudiana, hay que extraerlo, ya que, no se encuentra tan explícitamente como se esperaría dada su importancia epistemológica. El término sujeto se localiza en la obra de Freud como correlato del concepto de objeto, proviene de la filosofía clásica y la gramática, pero Freud lo convierte en “sujeto de las pulsiones”, surgiendo de la división constitutiva de lo humano y de los funcionamientos heterogéneos de lo consciente y lo inconsciente, lo que lo llevó a plantear el sujeto de deseo, excluido del “privilegio” de la conciencia y del “sujeto del conocimiento”, tal como se ve en el sueño, en el fantasma, en el síntoma y en sus actos. Sin embargo, en relación

al problema del sujeto en Freud, donde el propio autor propone hacer del Yo el objeto de su investigación y que de igual forma, el yo puede tomarse a sí mismo por objeto, tratarse como los objetos, observarse, criticarse, entre otros. El yo es entonces escindible, se escinde en el discurso de muchas de sus funciones, al menos parcialmente.

Es entonces que implícitamente se encuentra enunciada la Teoría del Sujeto, la cual debe de leerse en el concepto de Yo y que de igual forma cuando hablamos de “sujeto” en Freud y de “constitución del sujeto” es necesario seguir la cambiante noción del “Yo”. El tema del Yo, lo trataremos más adelante en el transcurso de este trabajo.

Por otro lado, es preciso detenernos y hacer hincapié en tal relación sujeto-objeto, ya que dicha relación nos hará entender y localizar el sujeto que implícitamente marco Freud en su obra.

### *1.1. Relación Sujeto-Objeto*

Todo conocimiento es conocimiento sobre algo, sobre un objeto. Punto en que filósofos y epistemólogos han coincidido; lo que es materia de discusión es la manera en que se da ese conocimiento.

El estudio en torno a la naturaleza del conocimiento emprendido por Kant (1996, en: Radford, 2000) parte del examen de la relación entre sujeto y objeto, y esta relación se analiza a la luz de la idea o representación que el sujeto hace del objeto. El examen kantiano, reconoce tres formas en que sujeto y objeto entran en relación:

- La primera es en términos de la conformidad del objeto con la representación que del mismo se hace el sujeto (facultad de conocimiento).
- La segunda es según la relación causal entre el sujeto y el objeto (facultad de deseo).

- La tercera es de acuerdo a la intensidad en que el objeto afecta al sujeto (facultad de sentimiento de placer o pena).

La relación sujeto-objeto queda mediada de varias formas, la corriente importante es aquella en la que el lenguaje y otros sistemas de significación adquieren un lugar importante, de este modo el lenguaje y otros medios culturales de significación hacen que el objeto sea percibido por el sujeto ya no como objeto "puro" sino como objeto transformado por la acción que ejercen inevitablemente los lentes que ofrece la cultura.

El objeto en su sentido convencional, incluido en el clásico par sujeto-objeto de la teoría del conocimiento, que evidentemente está presente y es mencionado en la obra freudiana de la cual, se postulan tres dimensiones del concepto de objeto que a continuación vamos a desglosar.

Partiendo del concepto de objeto en Freud, el primero en ser delineado es el objeto de deseo, el cual se entiende como el objeto perdido de la experiencia de satisfacción alucinatoria, el objeto en juego a nivel del proceso primario, es decir, el objeto perdido del deseo sexual infantil; el paradigma, instaurado en el objeto oral articulado con la experiencia de satisfacción. Tenemos entonces que el objeto del deseo como objeto propio del funcionamiento inconsciente permanecerá como hito estable a lo largo de toda la obra de Freud. En esta primera premisa sobre el objeto de deseo, Freud hace una distinción al separar la satisfacción, de la necesidad de la realización del deseo; a la satisfacción le corresponde la acción específica y a la necesidad la identidad de percepción como regla de la alucinación. Ante tal distinción, se postula una disyuntiva en la supuesta complementariedad entre sujeto y objeto, situando al objeto en una postura ajena a la satisfacción de la necesidad, introduciendo con esto, una nueva forma de satisfacción al organismo –la realización- cuyo correlato es el sujeto tal y como Freud lo descubre en los procesos inconscientes.

La realización del deseo hace a un lado al sujeto, situándolo en una búsqueda repetitiva de esa mítica primera vez ante la cual, Freud presupone un

estado primitivo del aparato psíquico que se constituye a partir del desear y que finaliza en un alucinar. Se trata pues de una vivencia de satisfacción primaria la cual deja una imagen mnémica que se considerará huella, la cual dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad, de ahí, se investirá la imagen mnémica por medio de una moción psíquica tratando de producir la primera percepción, esto es, restablecer la situación de la necesidad primera. Ésta moción que investirá al recuerdo de la imagen mnémica es llamada el deseo, que pretende reaparecer el cumplimiento primario ¿Qué quiere decir? Cumplir el deseo mismo.

Sin embargo, el deseo toma un nuevo rumbo de investidura al referirnos a la huella mnémica desiderativa; en relación con los términos desamparo y otro y la función de comunicación del grito, deviene entonces llamando al otro, dejando una huella que Freud califica como eterna. Huella mnémica “imagen mnémica desiderativa” clave para la alucinación propia del cumplimiento del deseo.

La huella mnémica se inscribe tomando en cuenta como telón de fondo, al desamparo y el Otro, de la búsqueda del encuentro primero con ese Otro, encuentro para siempre perdido, se instala esa huella mnémica, esa representación, que nunca alcanza la presencia anhelada. La huella es solidaria de una pérdida y constituye una memoria orientada en sus recorridos, en su búsqueda, por el principio del placer y su meta a nivel del proceso primario, la identidad de percepción. Memoria que busca la repetición de una percepción imposible, que la alucinación simula pero no alcanza.

La huella mnémica a la que Freud se refiere, no se inscribe en el contexto de una teoría de conocimiento. El proceso primario no busca conocer, sino, reconocer, volver a encontrar mediante la identidad de percepción cuya “acción específica” propia es la alucinación a ese otro inolvidable. Es el desamparo humano el que crea una nueva necesidad, necesidad lógica, exigente e imperiosa como la necesidad biológica, necesidad lógica de la dimensión de ficción propia del deseo en tanto que humano. Es entonces que el principio del placer se ubica del lado de esa ficción, es su meta propia, es quien le brinda esa nueva realidad.

El objeto se presenta aquí como inalcanzable, perdido, no complementario al sujeto, el cual a nivel del inconsciente es indistinguible de ese anhelo ficticio. Al respecto, Freud postula que esa realidad necesita para constituirse la existencia de ese objeto perdido del deseo. De esta manera, la realidad de la teoría del conocimiento tiene su condición de posibilidad en el mismo objeto perdido del deseo, es quien hace posible la génesis del mundo de los objetos que habitualmente se denomina objetos del conocimiento.

Bajo esta lógica se plantea una ruptura entre el sujeto y el objeto, en la satisfacción humana: la experiencia alucinatoria. Por lo cual podemos decir que ese objeto no es un complemento del sujeto. Se trata del nivel inconsciente donde a ese objeto perdido no se lo puede diferenciar del anhelo ficticio-que tiene una estructura de ficción-que soporta un encuentro que falla por estructura y que rompe con la homeostasis del organismo. De esta manera emerge el principio del placer, desear una “satisfacción” pulsional.

En este sentido, Maioli (s.f.) nos plantea seguir a Lacan, al cuestionarse la centralidad que tiene la relación de objeto para los analistas y supone que esa relación se produce por la dialéctica del principio del placer y del principio de realidad. Nos comenta que el progreso analítico se basa en una rectificación de la relación del sujeto con el objeto considerada como una relación dual, situada en un eje de  $a \dots a'$ . Por lo que Lacan va a demostrar dos aspectos:

- Que esta relación (Sujeto-Objeto) no tiene una posición central en la teoría analítica.
- Y que si seguimos a Freud como guía, tenemos una limitación técnica.

Nos podemos preguntar ¿Por qué de estos dos aspectos? Maioli nos dice, si seguimos a Freud, básicamente se trata de un objeto que hay que volverlo a encontrar, porque es la continuación de una tendencia en la que se trata de un objeto perdido. Este objeto no es ni satisfactorio ni típico, ni tampoco es armónico. El objeto se alcanza por medio de una búsqueda. Así nos encontramos

con una nostalgia que marca el reencuentro con el signo de una repetición imposible, precisamente porque no es el mismo objeto. Por lo que podemos pensar en una tensión en la relación Sujeto—Objeto porque lo que se busca no será lo mismo que se encontrará.

Bajo el principio del Placer (éste) tiende a realizarse en formaciones antirrealistas, mientras que el principio de realidad implica la existencia de una organización diferente y autónoma, la cual supone que lo que se aprehende puede ser precisamente distinto de lo que se desea. Por esta cuestión, Lacan supone que entre el Sujeto y el Objeto hay otro término que no fue tomado en cuenta, y es que el Sujeto está consagrado a un retorno imposible y en Freud, lo que es importante es la identificación del Sujeto con el “partenaire” (socio) aunque Lacan sitúa que la primera identificación es a la propia imagen, en el eje  $a \text{---} a'$ . En este sentido, Lacan sostiene que el Sujeto no es autónomo, porque siempre está en la búsqueda de ese objeto perdido y su identificación, está en el lugar de “en relación a”. El Sujeto identificado a un objeto imaginario. En esta lógica, lo que surge es el carácter profundamente oral de la relación de objeto imaginario y nos conduce al fantasma de incorporación fálico. Entonces, entre Sujeto y Objeto, se encontrará ese objeto imaginario llamado falo como uno de sus elementos (Lacan, 1994).

Por otro lado, es necesario recorrer la otra parte del objeto, no sólo como objeto de satisfacción, sino también como objeto de dolor. El grito, que en principio mencionaba Freud desempeñaba una función de comunicación, ahora se inscribe como alerta de la presencia del objeto hostil. El dolor deja tras de sí, signos, que Freud configura como objeto mnemónico hostil, que a su vez, configura una huella que incita la descarga del displacer llegando alcanzar el umbral del dolor. Vemos aquí que se configuran dos huellas, la primera vinculada con el placer, es el desear y la segunda, vinculada con el dolor, es el efecto. Sin embargo, ambas comparten el carácter de recuerdo, aún cuando el mecanismo sea diferente, pero preciso en cada caso, alucinación desiderativa en el desear y



defensa primaria en el afecto y entre ambos, se despliega y se enmarca el pensar inconsciente.

A partir de este marco, Freud (1992, en: Rabinovich 1995) desarrolla su teoría del juicio, la cual recae en lo que denomina complejo del otro, desglosándolo en dos componentes.

- I. La cosa, que se presenta como ajena, extranjera e inasimilable.
- II. Todo aquello que es cualidad, lo que puede ser entendido por la memoria del cuerpo y por la experiencia del sujeto y que se caracteriza por ser definida como atributo.

La primera marca precisamente la dimensión irrecuperable del objeto perdido del deseo, objeto a que sus atributos, sus signos que la alucinación recupera permiten re-conocer, aunque el sujeto nunca podrá conocerlo siempre será inasimilable. Así la dimensión del objeto de conocimiento como reunión de atributos, esconde la función misma del objeto perdido, de la Cosa como inasimilable, condición para la aparición del juicio de atribución.

Vemos entonces que la función del juicio tiene la condición del examen de realidad, que posee como meta, re-encontrar, reconocer, el objeto perdido, el cual es condición para que este examen de realidad sea posible. Esto implica, por un lado, el objeto se encuentra perdido en la estructura misma del desamparo, del otro prehistórico y de la función de comunicación que adquiere la descarga como tal. La pérdida como tal, de la estructura misma del ser humano en su relación con el objeto del deseo y de la naturalidad misma de su objeto; y por otro lado, la identidad de pensamiento que implica el sometimiento al principio de realidad, esa búsqueda de objetividad que el sujeto realiza creyendo conocer la realidad, sólo se ubica en ella guiado por la brújula invisible de un volver a encontrar el objeto perdido. La búsqueda por comprobar la existencia del objeto, define un juicio de existencia que es secundario al juicio de atribución, en la medida misma, en que la existencia primera, la de la Cosa, se muestre rebelde e inasimilable al juicio mismo.

Más adelante a lo largo del desarrollo de la obra de Freud, se suma el segundo objeto, el objeto de la pulsión parcial. En ocasiones la forma en que se articula el objeto con la pulsión parcial es confundida con la articulación del objeto con el deseo; trataré de ser lo más puntual posible para mencionar la intersección entre ambos conceptos, que a su vez son condición uno del otro y que al mismo tiempo mantienen peculiar originalidad en cada uno de ellos. El objeto de deseo es condición de producción del objeto de pulsión parcial, la pulsión parcial adquiere rasgos propios e inseparables como el autoerotismo y la inclusión al cuerpo, de las cuales, conducen hacia la tercera dimensión freudiana del objeto: el objeto de amor, denominado a partir de que Freud separa de la serie de los estadios libidinales propios de la pulsión parcial y es bautizada, como serie de la elección del objeto, la cual, sirve como introducción al despliegue del concepto de narcisismo y paralelamente del objeto de amor.

La pulsión parcial se organiza en función de su carácter parcial, del autoerotismo, del placer del órgano vinculado con la zona erógena y la variabilidad del su objeto. La sexualidad, en su carácter bifásico, oscila entre dos objetos, el objeto sexual “definitivo” y el objeto de la pulsión parcial; el punto convergente y divergente entre ambos conceptos se sitúa en torno al objeto primero, la madre, que desempeña su papel en las tres dimensiones del objeto, pero de manera diferente en cada una de ellas. Entendámoslo de dos maneras, la primera es el Otro inolvidable en función del desamparo y la indefensión, surgiendo el objeto del deseo diferente del objeto de necesidad. La segunda, se articula simultáneamente con la pulsión parcial y el complejo de Edipo, en tanto que “persona” amada, como objeto total. De las cuales se esbozan tres pérdidas y se conceptualizan tres términos:

- 1) La pérdida de la satisfacción de la necesidad en aras del surgimiento de la realización del deseo, la pérdida de la naturalidad del objeto. (El Deseo)
- 2) La pérdida del objeto real que determina su incorporación y la estructuración del autoerotismo. (Pulsión)

- 3) La pérdida del objeto como objeto de amor, la personal total, que funda la importancia en cuanto tal de la pérdida de amor para el sujeto hablante. (Amor)

La primera pérdida es condición para la posibilidad de las otras dos, el surgimiento como posibilidad de sustitución, el objeto de pulsión y el objeto de amor son formas de sustitución del objeto perdido del deseo. Por esta razón amor y pulsión forman una articulación entre el narcisismo y el objeto, en la que hace del yo un objeto propio de la libido, Freud señala al introducir la serie de elección del objeto, que el desarrollo de la libido implica un paso del autoerotismo al “amor objetal”; cuando el sujeto reúne sus pulsiones autoeróticas son solidarias de la consecución de un objeto de amor, que en este caso su primer objeto es su propio cuerpo.

Freud (1986) en su teoría de la pulsión define al objeto pulsional, como el medio gracias al cual la pulsión alcanza su meta, su satisfacción y en tanto que instrumento, es precisamente el aspecto más viable de la pulsión; vemos pues, la coordinación del objeto con la pulsión para posibilitar la satisfacción aunque, no necesariamente es un objeto ajeno, puede ser también una parte del propio cuerpo, su papel instrumental lo hace apto para satisfacer varias pulsiones.

El contrapunto a la variabilidad del objeto lo brinda el concepto de fijación, el cual se define como el establecimiento de una conexión íntima entre pulsión y objeto, se aprecia que el objeto de la pulsión, en su carácter instrumental, aparece como reconstituyendo en un nuevo nivel la acción específica perdida a nivel de la necesidad, designando una satisfacción propia del sujeto psicoanalítico y no del organismo biológico. Sin embargo Freud confunde esta satisfacción con la del cumplimiento del deseo, vale decir, con la identidad de percepción del proceso primario.

Así como la pulsión parcial se articula en torno a un objeto instrumental, que se despliega entre la variabilidad y la fijación, la elección del objeto de amor se despliega entre la elección narcisista y la elección anaclítica. La libido

narcisista es en sí un destino pulsional. La libido del yo, aquella cuyo objeto es el yo mismo, instala un nuevo estatuto, el de objeto libidinal, el cual se desarrolla en la teoría del amor y que encontramos en el texto de *Introducción al Narcisismo*. En ese mismo texto Freud oscila en el uso de dos términos: objeto sexual y objeto de amor. Señala que primitivamente existen dos objetos sexuales originarios, él mismo y la mujer que lo crío. El primero de ellos funda la elección narcisista, su meta pasiva es ser amado y que todo gira en torno a los rasgos del sujeto mismo; el segundo, funda la elección anaclítica que vale decir la mujer que lo crío, en donde el mismo Freud agrega el padre protector y la existencia de una identificación activa con cualquiera de las dos figuras.

Por otro lado, mencionaremos al respecto lo que para Lacan resulta importante el papel el deseo materno, y que será el centro de la dialéctica entre un sujeto/objeto. Ya que es la primera forma en que el deseo del Otro se presenta, y es diferente del deseo de reconocimiento. Y porque (el agente materno) la Madre, es la que permite y otorga que el deseo se constituya en el lugar de causa. A partir de esta lógica, la causa puede entenderse como nacimiento del deseo, y será uno de los efectos del significante fálico.

Esto quiere decir que parte de la dialéctica será observar las marcas del significante fálico en el hijo y éste, atravesado por el deseo, determinará su estructura clínica: No se trata de cuestiones de ideales, sino de incidencias sobre el destino que puede ser: la represión, la renegación o la forclusión. (Rabinovich 1995).

De esta manera Lacan (2002) pondrá en primer plano el deseo de la Madre, por esta cuestión, la relación que le interesa no es cualquiera, sino que es Madre-Hijo- Fallo y de la dialéctica de estos tres elementos y su incidencia en los tres registros: Imaginario, Simbólico y Real. En especial de éste último registro de lo real que define así: “Lo real se encuentra en el límite de nuestra experiencia” y continúa diciendo, la función de la madre es decisiva en la captación de la realidad por parte del niño. Es decir, la oposición dialéctica e impersonal de los

dos principios, el de realidad y el principio de placer, la hemos sustituido por actores. Sin duda estos sujetos son completamente ideales, sin duda se trata más bien de una especie de figuración imaginaria.

El principio del placer lo hemos identificado con una determinada relación de objeto, es decir, la relación con el seno materno, mientras que el principio de realidad lo hemos identificado con el hecho de que el niño debe aprender a prescindir de él. En la lógica que sigue Lacan se trata de: la madre, enseñe de forma progresiva al niño a experimentar las frustraciones, y a percibir, cierta tensión inaugural, la diferencia que hay entre la realidad y la ilusión. Esta diferencia únicamente puede instalarse por la vía de una desilusión cuando la realidad no coincide con la alucinación surgida del deseo del niño. (Lacan 1994).

Es por esta vía que Lacan introduce en la experiencia analítica un mecanismo esencial, y es la noción de la falta de objeto, pérdida que remite al Complejo de Castración y discrimina distintas formas de pérdida:

- La noción de frustración: es un daño o lesión, es algo que se desea y no se tiene, moviliza la reivindicación como una exigencia desenfadada y sin ley. Aquí la falta produce un daño imaginario.
- La noción de privación: El sujeto se priva de algo que no tiene, por eso la ausencia de algo en lo real, es puramente simbólica. El ejemplo del libro que falta en la biblioteca, es la ausencia de un objeto simbólico.
- La noción de castración: alude a la deuda simbólica que más adelante Lacan nos remite a la introducción de la ley primordial del Inconsciente, de destronar a la madre omnipotente en tanto su deseo es barrado por los efectos de la ley. Así articula Complejo de Castración y el Complejo de Edipo. (Lacan, 1994).

Lo que vemos, es que en cada uno de estos momentos, lo que se pierde será diferente y si lo articulamos a la cuestión del falo se tratará de sus implicancias en los tres registros.

Regresando al punto del amor, el cual se apoya sobre la necesidad, en este caso, Freud retoma con respecto al amor el apuntalamiento sobre la necesidad, al menos en lo tocante a la elección madura señalando su meta activa se puede percibir la importancia que Freud adjudica a la oposición entre: activo-pasivo en ambas series, Rabinovich (2003) señala “la oposición de alguna de las formas de transformación en lo contrario, siendo la segunda la transformación de contenido que sólo se aplica a la transformación amor-odio. Las dos formas de transformación son sin embargo definidas como ambivalencia e incluidos dentro de los destinos o defensas contra la pulsión.”\* (p. 26). Entendamos entonces el par amor-odio; por un lado el amor es desplazado a la relación de placer con el objeto, se fija en su sentido más estricto y aquellos que satisfacen las necesidades de las pulsiones sexuales; no se puede considerar que una única pulsión ame a su objeto sexual, sin considerar la relación del yo con su objeto sexual, como lo más apropiado para usar la palabra amor, lo cual nos dice, que la palabra amor es utilizada en dicha relación una vez que se haya hecho la síntesis de los componentes de la sexualidad bajo la primacía de los genitales y al servicio de la función de reproducción. En el caso del odio, sucede lo mismo, se asocia al displacer, el par amor-odio (en un primer tiempo) constituyen una unidad que en un segundo tiempo se dividirán, los dos conceptos son independientes hasta que se transformen en opuestos por la acción del principio del placer-displacer. (Rabinovich, 2003). Es entonces que, en el odio su fuente reside en el displacer del yo narcisista ante cualquier perturbación de su equilibrio energético, en el amor, su fuente reside en las pulsiones parciales y en el placer de órgano que le es propio, sin embargo, es en la primera instancia narcisista que sólo después de aliarse con las pulsiones parciales sexuales, lo que Freud denomina, las formas preliminares del amor.

En este sentido, el autoerotismo es común en ambas series posibilitando el anudamiento produciendo esas modalidades previas del amor, donde la meta sexual se confunde con el narcisismo, entendido como el esfuerzo motor del yo por alcanzar los objetos en tanto que fuentes de placer. Bajo este contexto se describen dichas formas: a) incorporar o devorar, es una modalidad compatible con la eliminación de la existencia del objeto como algo separado, lo que permite calificar a esta modalidad como ambivalente. Freud (1986) señala que dicha ambivalencia no es primaria como oposición amor-odio, surge de estas formas previas del amor en las que ambas series se anudan, b) apoderarse, es otra forma en la que se reúne el componente sádico-anal de las pulsiones parciales con un apoderamiento del objeto in diferente al daño que el objeto pueda sufrir por su causa.

Hasta este punto, damos por terminado el subtema relación sujeto objeto, no sin antes mencionar que en dicha relación faltaría señalar los aspectos de objeto de pulsión, objeto sexual, la identificación y elección de objeto los cuales, dan pie correlativo para ampliar el tema de objeto y plantear otras líneas de trabajo que dejamos abiertas en este desarrollo.

Regresemos pues, al tema que dejamos pendiente anteriormente y que es fundamental para el entendimiento del sujeto del psicoanálisis. Como ya hemos dicho, el yo puede tomarse a sí mismo como objeto y tratarse como los otros objetos, pero sin duda, el yo es el sujeto más genuino, éste se escinde en el curso de muchas de sus funciones, al menos provisionalmente.

### *1.2. El aparato psíquico y la instancia yoica*

Si partimos de la teoría freudiana de la represión, supondremos la conformación de un aparato psíquico y la posibilidad de acceder a ciertas representaciones que estarán signadas por la relación de éstas a una represión original. Al entender la génesis de la subjetividad como dada por la represión, nos planteamos a su vez una división; estaremos hablando de que si hay sujeto como

señala Landa (1998) su origen será un sujeto escindido por la represión, ésta será su origen mismo.

La primera elaboración (primera tópica) que Freud realizará de la subjetividad será como un aparato psíquico, fragmentado entre la propia función consciente y otro inconsciente, más adelante se tratará de una tripartición de éste aparato, donde el yo será el lugar que le corresponde al sujeto de la percepción y la conciencia.

Iniciemos por ahora, a tratar uno de los conceptos fundamentales en la obra de Freud: el inconsciente que a su vez tendremos que abordar el mecanismo que le da origen (la represión). Freud habla de una actividad psíquica pero, en su planteamiento no hay el presupuesto de un individuo, hombre o sujeto mismo como puntos de partida sino un aparato psíquico que tiene una actividad: consciente, preconsciente e inconsciente, que se da a partir de una defensa, esto es, se niega la admisión a lo consciente la agencia representante psíquica de la pulsión, estableciendo una fijación, la pulsión sigue ligada a la agencia representante; esto es a lo que Freud llamará represión primordial y a su vez en la segunda etapa de la represión, la represión propiamente dicha, ésta como menciona Freud (1986) “recae sobre retoños psíquicos de la agencia representante reprimida o sobre unos itinerarios de pensamiento que procedentes de alguna otra parte, han entrado en un vínculo asociativo con ella. A causa de este vínculo, tales representaciones experimentan el mismo destino de lo reprimido primordial.” (p.143).

Pero aquello que se reprime no solo se relaciona con representaciones sino con ciertas “mociones pulsionales” ligadas a la fijación de la represión primaria. Sin embargo, lo inconsciente no es la moción pulsional, sino la representación (Landa 1998). Freud (1986) al respecto llama inconsciente a la moción afectiva originaria, pues su representación “debió de pagar atributo a la representación”, la moción pulsional espera hasta encontrar un sustituto dentro del sistema consciente, ya que el desarrollo del afecto, es posible desde el sustituto consciente, porque para Freud, los afectos no son inconscientes.



De esta manera se entiende que en Freud, esta la idea de un inconsciente hecho palabras, así las representaciones inconscientes estarán bajo la lógica de las combinaciones de significaciones en el lenguaje. Es entonces que el inconsciente (que postula Freud) es lenguaje “habla en la lengua, como puede, irrumpiendo y disrumpiendo, aprovechando los resquicios en los que la significancia permite esconder (en un relato que parece tener cierto sentido) otro sentido. Sentido otro que sería afecto de la represión.” (Landa, 1998. p. 96).

Ahora, en la llamada "Segunda Tópica", donde Freud consideró más adecuado completar la caracterización del psiquismo con un punto de vista más dinámico presentando al Ello, Yo y Superyó como los elementos, dimensiones o instancias del aparato psíquico.

Entendamos que el Ello le corresponde la parte inconsciente del aparato psíquico, en el él se encuentran las pulsiones gobernadas por el principio del placer; al pensar entonces a un individuo que es ahora un ello psíquico desconocido e inconsciente que en su superficie aparece el yo, desarrollado a partir del nódulo del sistema preconscious. Se puede entender que el Ello y el Yo, guardan relación entre sí, Freud (1992) menciona al respecto “El yo no vuelve por completo al Ello, sino que se limita a ocupar una parte de su superficie, esto es, la constituida por el preconscious, y tampoco se halla precisamente separado de él, pues confluye con él en su parte interior.” (p.18). Lo reprimido confluye con el ello, pero no constituye una parte de él, se encuentra separado del yo por medio de las resistencias de la represión y se comunica con el Yo mediante el Ello.

Es entonces que el Yo es una parte modificada del Ello, por la influencia ejercida del mundo exterior transmitido por la continuación de las superficies del aparato psíquico: preconscious-consciente.

Por otro lado, la construcción que Freud hace del Yo. En el texto *Introducción al Narcisismo*, el Yo tendrá la función de reconocer (por medio de la percepción) los eventos que puedan proveer la satisfacción ante otros que sean

recuerdos o alucinaciones que lo conduzcan al displacer. Es entonces, el yo es función de unificación del sujeto y de la relación que guarda con los objetos de su realidad psíquica y material.

Partiendo entonces del narcisismo es como Freud da cuenta de la formación del yo, ya que esta formación, no estará desde el principio en la vida del sujeto (Landa, 1998). En un primer paso, el yo aparecerá como la diferenciación del no-yo, encargado de separar el adentro y el afuera partiendo de dos formas de juicio básicas: existencia y atribución. El segundo paso, el pasaje del autoerotismo considerado el primer estado psíquico en el cual, el propio cuerpo es tomado como objeto de satisfacción (como lo vimos en el desarrollo del objeto de la pulsión parcial) a la erotización del yo como totalidad, lo que Freud llama narcisismo.

Entendamos que el narcisismo es la etapa anterior a la relación de objeto y posterior al autoerotismo. El yo presentado como la posibilidad erotizante totalizadora para el sujeto, no será una unidad afectiva para Freud, ya que, las dos instancias suplementarias al yo (el yo ideal y el ideal del yo) lo colocan en tensión. Freud los refiere de la siguiente manera:

- Yo ideal: Se consagra el amor ególatra de que en la niñez era objeto el yo verdadero. Es la añoranza de un yo investido narcisistamente. Es el encargado de exigir al yo ciertos ideales derivados de la identificación del padre.
- Ideal del Yo: Será el que se encargue de tensar al yo hacia la lógica identificatoria; instancia que será relacionará a través de Freud con el superyó, el cual será el encargado de censurar y reprimir el deseo incestuoso.

Lo anterior nos conduce al superyó, tendrá la función paterna y el lugar del padre, su deber apuntala al “deber ser el como el ideal del yo para volver a ser el yo ideal” (Landa, 1998. p 112). De esta manera el yo no “existirá” sin tensión al ideal y por consiguiente, el ideal no “existirá” sin

relación al padre que posteriormente será el padre edípico como agente de la ley, censor del incesto y modelo identificatorio. Veamos lo referente al complejo de Edipo: desde muy temprano el niño lleva una carga de objeto hacia la madre partiendo del seno materno y del padre, se apodera del niño por identificación, las dos relaciones se establecen en paralelo, hasta que la intensidad de los deseos sexuales orientados hacia la madre y la percepción del padre como obstáculo para realizarlos, es como surge el dicho complejo edípico. El desenlace menciona Freud (1992) “es una identificación con el padre o con la madre parece, pues, depender en ambos sexos de la energía relativa de las dos disposiciones sexuales. Esta es una de las formas en las que la bisexualidad interviene en los destinos del complejo de Edipo” y continua agregando “el complejo de Edipo completo, que es un complejo doble, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad original del sujeto infantil.” (p. 25).

De esta manera al establecerse la identificación con el padre como un –así debes ser- también se comprende la prohibición como –así no debes ser- pues existe algo exclusivo reservado para él. Es entonces que el superyó conservará el carácter del padre, bajo las influencias de la autoridad, la religión, la enseñanza y las lecturas, gobernando en el yo como conciencia moral o como sentimiento inconsciente de culpa. Por lo tanto el superyó (o ideal del yo) es heredero del complejo de Edipo y por consiguiente la expresión de los impulsos del ello y los destinos de su líbido. Será quien abogue del mundo interior (el ello) imponiéndose al yo verdadero que representa lo exterior, la realidad misma; los conflictos que existirán entre el yo y su ideal, reflejan la antítesis de lo real y lo psíquico del mundo exterior y el interior.

### 1.3. *Relación Yo-Sujeto*

Regresemos al punto que dejamos pendiente en párrafos anteriores, el Yo, al respecto Perrés retoma de Assoun (1993) la idea de que podemos encontrar los primeros rasgos del concepto de Sujeto en Freud en su trabajo de las *Nuevas*

*Conferencias del Psicoanálisis* de 1932, donde propone hacer del Yo el objeto de su investigación, refiriéndose a...“nuestro yo más propio”... el Yo es, sin embargo, el sujeto en el sentido más estricto... (p. 56). Es aquí donde cobra relevancia la interesante escisión en la obra de Freud entre Yo y Sujeto.

En un primer plano, el yo, es investigado como realidad pulsional, pero sus funciones específicas, la instancia del yo aparece como otra cosa que pulsión. El yo tiene la función defensiva, se despliega libidinalmente sobre sí mismo en el narcisismo, se totaliza así, como sujeto por el mismo. Vergote (1973) menciona que Freud propone al yo como polo defensivo del conflicto entre las fuerzas psíquicas: el conflicto de las pulsiones del yo y las pulsiones sexuales. Se presenta el yo como representación de sí, elimina otra representación sexual convirtiéndola intolerable para el yo; el yo defensivo es del orden de las representaciones, se percibe entonces al yo, como en tanto que polo defensivo e inconsciente para sí mismo. Por otro lado, el yo constituido por el retorno de la libido sobre sí mismo (narcisismo) es la fase sobre la que el yo, se ofrece como objeto de amor, de aquí que la formación narcisista del yo, se construirá como concepto teórico para entender la funcionabilidad del yo antes del advenimiento de una subjetividad consciente de ella misma. Una acción psíquica nueva hace emerger tres realidades psíquicas correlativas: el yo objeto para el mismo, el yo sujeto y los otros como objeto de amor; es precisamente la instancia del yo sujeto que se inscribe como pasaje entre el yo objeto para el mismo, momento de identificación libidinal y la investida libidinal en otro, es entonces que el yo es una producción de la libido. De esta manera al totalizarse el cuerpo como objeto, la libido se subjetiviza, se centra en ella misma y el yo, se tomará como objeto libidinal para el mismo, se dirá, en tanto que subjetividad, el yo, ocupa el lugar de pasaje, Vergote (1973) menciona al respecto que “el individuo se constituye como yo-sujeto de deseo que lo desborda sobre otro, la representación del yo es una realidad psíquica”. (p. 2).

Por su parte Perrés retoma de Assoun (1993) el recorrido que realiza a través de la metapsicología freudiana de la cual, extrae la génesis

metapsicológica del sujeto, a partir de la creciente conceptualización del Yo, su análisis lo efectúa en tres tiempos:

1. La “objetividad”, excluyendo todo abordaje subjetal. El yo sigue el destino de la represión del objeto libidinal. El sujeto sólo se entiende como sujeto de la constitución o de la disposición.
2. Con la introducción del narcisismo, el yo se extiende sobre el objeto y la represión requerirá de un punto de vista subjetal; se puede llegar a analizar en Freud el sujeto narcisista.
3. Partiendo del concepto de escisión del Yo, no se separa del objeto, sino que, es una forma de huir de la castración, como en la represión, renegación de la realidad y produciendo un desgarre interno en el yo, enfrentándonos ahora al registro esencial y definitivo del sujeto escindido, el verdadero sujeto del psicoanálisis.

Este largo camino teórico que Assoun irá develando el problema de la subjetividad y del sujeto, la verdadera teoría freudiana del sujeto, se encontraba enunciada en los inicios del psicoanálisis.

#### *1.4. Teoría del Sujeto*

Siguiendo a Perrés (2003) nos menciona una implícita “Teoría del Sujeto” en Freud, la cual podemos decir que deviene de las cambiantes nociones del Yo. Un Yo, que sólo puede ser entendido en sus distintas articulaciones con otros conceptos que entretengan el cuerpo teórico que da su especificidad al Psicoanálisis como disciplina: las pulsiones, el narcisismo, la identificación, el Edipo, la castración, etc.

Por su parte Saettele (1999, en: Jacobo, Flores y Yrizar, 1999) menciona que una “Teoría del sujeto” se define como un discurso teórico que se enfoca al

esclarecimiento de la relación entre el lenguaje, lo simbólico y la constitución subjetiva. Desarrollemos brevemente estos cuatro tópicos:

1. El discurso teórico: menciona la distinción entre discurso teórico y discurso práctico que nos permite situar nuestra actividad. En discurso teórico, el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado coinciden pero, no son común en la palabra, por lo tanto “nos lleva” a una no coincidencia. Para aclarar esta “confusión” es necesario seguir a Lacan, él comenta que el sujeto de la enunciación aparece en el enunciado, en ese falso conteo de enunciado, pero se hace presente sólo en el error. Así mismo, “la idea de la desaparición del sujeto de la enunciación y de su reaparición en el enunciado como error, equivocación, lapsus, es algo fundamental para el sujeto del inconsciente.” (p. 3).
2. El lenguaje: se presenta bajo el aspecto de la palabra, la cual opera con tres aspectos: el mecanismo de la lengua (la distinción entre sintagma y paradigma), la gramática (la cuestión de la primacía de la dimensión sintagmática) y el acto (hablar es actuar). Para tener acceso al sujeto del inconsciente, por medio de estas tres vías, es necesario tomar en cuenta la literalidad del significante, donde se manifiesta generalmente por error, aunque, no es forzoso que ese error sea error gramatical. Allouch (1993, en: Jacobo, Flores y Yrizar, 1999) al leer la frase de Lacan “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” como “el inconsciente esta estructurado como ese lenguaje, cuya escritura se revela por lo escrito” (p. 4) nos dice que la escritura que se trata de leer, es la de los tres puntos anteriores; se trata entonces de abarcar toda la palabra, puesto que es la vía para alcanzar el nivel de lo simbólico en el lenguaje.
3. Lo simbólico: se desprende del lenguaje como estructura profunda que genera y determina la relación con el otro, ese otro que se constituye, en la transformación gramatical de la frase relativa por medio de una adscripción de una acción al otro, acción que es esperada, deseada, temida. Es aquí que se cuela el sujeto de la enunciación, bajo la forma de la segunda

persona; el sujeto de la enunciación, se manifiesta en el tú, como sujeto que quiere que el otro le siga.

4. La constitución subjetiva: parte del objeto absoluto que Lacan plantea del psicoanálisis: la realidad del deseo sexual. Lo que se constituye en la relación del lenguaje, es este objeto absoluto y de ello, tenemos que dar cuenta. El objeto es absoluto, no hay otro objeto, para una teoría del sujeto, que la realidad del deseo sexual.

Por otro lado, Lacan hace sus propias aportaciones en torno a su teoría del sujeto; tomemos en cuenta que él, ha sido quien introduce por primero vez las conceptualizaciones sobre el sujeto dentro psicoanálisis. Entendamos que para Lacan, el niño adviene Sujeto partiendo de la metáfora del Nombre del Padre, un símbolo del lenguaje que servirá para designar el objeto primordial del deseo que se ha tornado inconsciente; asciende al orden simbólico, el cual mediatizará su relación con lo imaginario y lo Real, formando una estructura de división psíquica produciendo un advenimiento del inconsciente. Dicha división, se sujeta al orden del significante inaugurando así la propia división del Sujeto, su constitución y definiendo lo que puede entenderse como subjetividad. En este sentido, Lacan afirma que no hay más Sujeto que el ser hablante, aquel que se alienará en y por el lenguaje y que, se desvanece como sujeto en la cadena significante. He aquí, un punto esencial en el pensamiento lacaniano: el sujeto no es causa del lenguaje, sino que es causado del mismo; el sujeto es efecto del lenguaje que de forma fugaz eclipsará al sujeto (desvanecimiento del sujeto) suponiendo que únicamente el sujeto será captado partiendo de su lenguaje, como representación, oculto ante sí, barrado a sí mismo.

De igual forma, Lacan nos dice que la verdad del sujeto sólo puede decirse a medias, esa verdad inconsciente podrá emerger en el decir, en la enunciación, por que se perderá en lo dicho. El sujeto del deseo ó el sujeto del inconsciente, se sitúa de lado de la enunciación, en el sujeto de la enunciación, en este sentido, ambos sujetos estarán separados por este juego de palabras entre *entredicho* e *interdicción*. Por ello, Perrés (2003) menciona que “clínicamente, la escuela

psicoanalítica deberá dirigirse con prioridad al registro del decir, a los significantes que llegan por esa vía, sin centrarse en los significados que se organizan a través de lo dicho. Sólo así se podría liberar, desde esta perspectiva teórica, al deseo inconsciente que encuentra su expresión en el decir.” (p. 123). En este sentido, Lacan hace dos afirmaciones para ir acotando el entendimiento acerca sujeto: “la presencia del inconsciente, por situarse en el lugar del Otro, ha de buscarse en todo discurso, en su enunciador” y “al sujeto no se le habla Ello habla de él y ahí es donde se aprehende”; es entonces que en el Otro se “produce” el sujeto y que a su vez, emerge por vía del signifiante, en el decir, en la enunciación de aquí que Lacan mencione al respecto “Un signifiante es lo que representa al sujeto para otro signifiante”.

De esta manera, la “Teoría del sujeto” Lacaniana es sostenida sobre su “teoría del signifiante” ya que, el sujeto del inconsciente se encontrará representado por un signifiante, esta vía signifiante lo indicará y lo significará.



## 2.- CONCEPTO DE SUJETO

*“... el sujeto, antes de ser sujeto del deseo es y está sujetado en el deseo del otro...”*

*Braunstein, N.*

Al revisar los textos freudianos, no es evidente en cuanto a cuál es el sujeto al que se refiere el discurso teórico del psicoanálisis y también, aquel con quien trata su práctica ya que Freud no lo trata de manera especial. En este sentido, es un tanto difícil distinguir si el sujeto es aquel cuya dinámica se describe en las instancias de la llamada primera tópica ó si se enuncia como yo, en la segunda tópica o por el contrario, es el que “intenta decir algo pero que confunde o calla, o el que confundiendo y callando dice algo que no intenta el que habla sin saber que dice más de lo que sabe, o el que dice saber de lo que habla.” (Fernández, 2002).

Es gracias a y por Lacan que, el sentido de la palabra sujeto, en tanto sujeto, sujetado, subyugado, es introducido en el psicoanálisis partiendo del sujeto que Freud inauguró pero que bordeó permanentemente. Es entonces, como ya hemos dicho con anterioridad, que Freud toma como asunto al yo. Por su parte, Braunstein (1982) observa, el “termino yo (...) opera como un constructo, como una evidencia lingüística sancionada por el uso que implica la irrupción de otro discurso, del Otro, el en discurso imaginariamente asumido por el sujeto”. Por tal, el yo es otro en realidad; el sujeto es, el Yo en tanto que otro, atrapado por la alteridad (Assoun 1993).

Por otro lado, al preguntarnos sobre el sujeto, es necesario remitirnos a la subjetividad, porque la subjetividad existe en la medida en que se deviene sujeto. “La subjetividad se construye a partir de la vinculación con las significaciones imaginarias sociales y el orden simbólico-cultural, que permite otorgar sentido a lo

real. Sentido que encarna y construye a los sujetos.” (Ramírez y Anzandúa, 2005).

En relación a la subjetividad, el psicoanálisis viene a su encuentro en el test analítico al aclarar las discordancias de la subjetividad. Vergote (1973) afirma que “dejando venir libremente las ideas, el analizante se prueba sujeto sumido al discurso, a las representaciones, y a las pasiones, pero también a su palabra, él se pone también como sujeto de sus proposiciones y deseos”. Esto es de cierta forma que la palabra en primera persona, exige y trae al sujeto a su encuentro y búsqueda.

En este sentido, empezaremos por tratar de explicar porque empleamos el concepto de sujeto y su vinculación con la subjetividad.

### *2.1. Sujeto y subjetividad*

Con la aparición del Estructuralismo Francés, se conceptualizó una nueva forma del actor social como sujeto soporte, Ramírez y Anzandúa (2005) mencionan que el sujeto-soporte, expone la importancia de las estructuras sociales en la construcción de los seres humanos. De igual modo, estos autores, traen a colación la vinculación del sujeto con la subjetividad, develando cuatro subcategorías: organismo, individuo, persona y hombre; tratando de explicar por qué se emplea el concepto de sujeto:

- Organismo: Unidad conformada resultante de la suma de sus células, tejidos y aparatos que, organizados constituyen un ser vivo, una unidad heterogénea.
- Individuo: Su esencial connotación es su carácter de unidad indivisible, también se hace referencia a una persona aislada (individual) con relación a una colectividad.
- Persona: Refiere a un individuo humano en su distinción de hombre y mujer, en el psicoanálisis, la persona es una máscara con la

que actúa, es la forma en la que se representa el sujeto ante los demás, efecto de la cultura, de lo imaginario y por ende, des-centralizado, alienado. Se asocia con la instancia del yo y a su vez, con su carácter imaginario, las funciones cognitivas, conductuales, afectivas y físicas cuya integración denominan la personalidad.

- Hombre: Como concepto específico resultado de la conjunción y combinación de los conceptos anteriores.

Sin embargo, para la corriente de pensamiento del estructuralismo el sujeto no es ningún organismo biológico, tampoco un individuo ni una persona, más bien es: “la criatura engendrada por la acción de la estructura específica sobre cierto sustrato o soporte que no tiene, por su parte, existencia empírica en ningún momento” (Braunstein, 1982). En la actualidad no se habla de individuo o de hombre, ya que prácticamente se ha vuelto indispensable la categoría de sujeto y no se puede equiparar a los términos que anteriormente mencionamos.

Por lo anterior, el psicoanálisis como disciplina, que ha contribuido de manera importante a la construcción y desarrollo de la categoría de sujeto; en los aportes de Freud, no se habló de sujeto pero su teoría derribó la noción de individuo, como un ser irreductible, unidad o elemento componente de la sociedad. Se entiende, pues, que el ser humano no es un individuo dueño de su conducta y de su consciencia, es indivisible. El aparato psíquico, muestra los sistemas y las instancias que constituyen a este mal-llamado individuo, pero también, se muestra que la consciencia y la conducta se encuentran determinadas por la estructura inconsciente y a su vez, por la dinámica que se establece en el aparato psíquico, por tanto, consciencia, conducta y personalidad son efectos del orden de lo inconsciente, así como de la dinámica del aparato psíquico y su vinculación con la estructura social; de este aspecto que los estructuralistas hablaran del sujeto. (Ramírez y Anzandúa, 2005).

Comencemos entonces por abordar al sujeto, iniciando por puntualizar los aportes de conceptualización, en torno al sujeto, de diferentes autores:

- Kaës (1995. en: Ramírez y Anzandúa, 2005) concibe al sujeto como “el sujeto psíquico está sujetado a pesar de él, al orden del inconsciente y al orden de la realidad externa; se define el sujeto como, el lugar que ocupa en la estructura y la representación que se hace de ese lugar y, de la relación que guarda con la estructura y el lugar”. Estos componentes expresan el carácter objetivo e interpretativo de la realidad del sujeto, como forma de existencia particular, la cual se conforma por objetos psíquicos, deseos, y fantasmas, no hay que confundirla con la realidad material.
- El “sujeto” que postula Freud, es el sujeto del inconsciente, aquel que es responsable de sus actos, de sus síntomas y de sus sueños.
- El sujeto para Lacan “es el sujeto del que la ciencia no alcanza a decir nada”.
- Para Braunstein (1980:90, en: Ramírez y Anzandúa, 2005) “el sujeto no es ningún organismo biológico, es decir no es un individuo ni tampoco es una persona en tanto que no es una unidad autoconstituida y soberana, dueña por completo de sus actos y de su conciencia. El sujeto es la criatura sobre un cierto sustrato o soporte que no tiene, por su parte, existencia empírica en ningún momento”.
- Morin define al sujeto como “el ser computante que se sitúa, para él, en el centro del universo y ocupa ese centro en forma exclusiva: yo, solo, puedo decir yo para mí.”
- Para Assoun “Un sujeto en el sentido analítico podría definirse como aquel ser viviente muy particular, que sólo se relaciona con su propio ser cuando experimenta esta división constituyente entre el saber y la verdad y cuando la reproduce según la lógica que instruye el saber analítico.”

Estas conceptualizaciones, en nuestro entendimiento, convergen en diferentes sustratos, pero, partiremos de uno es especial en el que se origina, funda/formula el sujeto: la estructura.

La categoría de estructura se entiende como un “todo formado por fenómenos solidarios, de tal modo que cada uno depende de los otros y sólo puede serlo que es en relación con ellos” (Baptiste, 1978, en: Ramírez y Anzandúa, 2005). El estructuralismo plantea las diferentes estructuras de las cuales, se constituye y/o determina el sujeto y que a su vez, en tanto sujeto, es soporte de las mismas como: el lenguaje, el inconsciente, el otro, la ley, las relaciones de parentesco, las relaciones de producción, el poder, etc. De esta manera, se entiende que estructura(s) y sujeto coexisten, el sujeto será soporte y así mismo efecto de la estructura(s) y por lo tanto, no existirá fuera de ella(s).

Ahora bien, para hablar de Sujeto, es necesario plantearnos qué lo constituye; la relación que guarda con los objetos y lugares que ocupa el sujeto, los cuales constituyen su espacio psíquico, el otro (como lo “ nombra” Freud) cobra una relevancia importante para la constitución, sobre todo en la identificación con ese otro, porque esa relación lugar y espacio psíquico, es compartida por y con otros sujetos al estar sujetado a su realidad externa. Es entonces, que la realidad psíquica es producto constitutivo de los otros con los que se identifica, a quienes toma como modelos, objetos de amor, que los interioriza y los hace formar parte de sus instancias y de su espacio psíquico y que además esta “realidad psíquica de un sujeto induce las formaciones y procesos de la realidad psíquica de otros sujetos. He aquí una relación de mutua construcción entre el sujeto y los otros” (Kaës, 1995). El sujeto no puede por si mismo, reconocerse e identificarse, ya que necesita de los otros para poder (como menciona Braunstein, 1980) “enunciarse como yo soy”.

Por otro lado, la aproximación sobre el sujeto y el lenguaje surge el concepto que Lacan llama registro, la cual indica una dimensión de la lengua de un sujeto, que transita por diversos terrenos discursivos y se materializa en la puesta Lacaniana de los tres registros: lo real, lo simbólico y lo imaginario, los cuales, sirven para explicar la estructura del aparato psíquico y la experiencia subjetiva, así como también, para el entendimiento del estatuto del sujeto en psicoanálisis, en tanto se constituyen como el contexto lógico donde se hace

posible presentar la constitución del sujeto determinado por el orden del lenguaje y de la cultura.

Hablaremos ahora de algunos elementos que juegan en la constitución del sujeto, especialmente abordaremos el lenguaje, las identificaciones, el inconsciente y el otro. En un principio los sujetos son constituidos a partir de la familia (en tanto que estructura edípica) y gracias al lenguaje que son dos estructuras que le preexisten. Desde que el niño nace, le anteceden una serie de saberes, mitos, creencias y costumbres en las que se inserta, cuya transmisión es a partir fundamentalmente del lenguaje, generando representaciones de sus experiencias interpersonales y de la relación que establece con los otros.

## *2.2. El lenguaje como constitución del sujeto*

Consideremos el lenguaje bajo dos acepciones: como estructura y como función; la primera es preexistente al recién nacido, se encarnará en los otros que lo soportan y lo reproducen, otros que tendrán un representante: la madre; en este momento el cachorro humano o el infante ocupa un lugar en la estructura social, la cual determinará las necesidades, deseos y actitudes que tendrá que asumir para asegurar su lugar en la estructura (Ramírez y Anzaldúa, 2005). Así mismo, esa dependencia hacia la madre fortalecerá los lazos afectivos entre ambos y que a su vez, estará determinada por la Ley establecida propiamente por la estructura social ¿De qué Ley hablamos? La ley de prohibición del incesto, que determina y articula el deseo materno, del cual, el niño sólo tendrá noticia por su ausencia (la falta por ella misma y la que comete en el niño). Esta falta lo lleva a la movilidad, su búsqueda constante por el saber del deseo de su madre y explicar su ausencia. A su vez, la misma ausencia, exige al niño la simbolización de aquello que se le hace falta, nombrarlo, representarlo a través de la palabra; por lo cual el infante, accederá al lenguaje como función (segunda acepción del lenguaje) permitiéndole nombrar, representar, articular, interpretar, conocer, significar: la falta inaugura el deseo, por tal, el deseo es efecto del lenguaje.

Continuando con esta idea, la ausencia de la madre permite el acceso al orden significante, Ramírez y Anzaldúa (2005) mencionan al respecto “los juegos de ausencia-presencia que el niño realiza con otros son un intento de conquistar el retorno, hecho que lo obliga a nombrar lo que se ha ausentado, a articular infinitamente y a quedar atrapado en la estructura del lenguaje” (p.29).

Por otro lado, partiendo de la metáfora del Nombre del Padre (proceso inaugural en la evolución psíquica y que es efecto significante, particularmente una sustitución significante) que le permite al niño advenir Sujeto, accediendo a lo simbólico estableciendo una estructura de división psíquica, lo que Lacan llama Spaltung (escisión, hendidura) esta estructura (el orden significante) de división se llega a ella por el orden significante, o dicho de otro modo: el Sujeto se encuentra dividido por el orden mismo del lenguaje. Así mismo, la Spaltung, manifiesta en psicoanálisis entre el yo o el psiquismo más íntimo y el sujeto del discurso consciente y que de igual forma, surge como aquello que convierte al aparato psíquico en un sistema plurisistémico, por lo que se puede considerar como la división inaugural del sujeto proveniente del vínculo del sujeto con el orden simbólico (el orden que mediatizará la relación del sujeto con lo real uniendo, para el sujeto, lo imaginario con lo real). ¿Cómo se realiza esto? Con la instalación de la metáfora paterna, de la cual un símbolo del lenguaje (el Nombre del Padre) designará metafóricamente al objeto primordial del deseo que se ha vuelto inconsciente: significante del deseo materno, significante fálico (Dor, 1995).

Entonces, la división del sujeto operada por el orden significante crea una propiedad de la subjetividad: la alienación del sujeto en y por el lenguaje, de acuerdo con la relación que establezca con el orden simbólico. La articulación del lenguaje evoca algo real, utilizando un sustituto simbólico que a su vez produce una escisión entre la vivencia real y aquella que la representa, se puede decir que el sustituto simbólico que significa ese hecho real no es en sí mismo lo real, sino, lo que representa. De esta manera, el lenguaje representa la presencia de algo real por medio de su propia ausencia como tal, Lacan (en: Dor, 1995) menciona que es gracias a la palabra, que es una presencia hecha ausencia, la ausencia

misma lo que se nombra. En este sentido la relación del sujeto con su propio discurso se sustenta bajo el mismo efecto de la escisión: desaparece como sujeto y sólo se encontrará representado bajo la forma de un símbolo.

Ahora bien, si el sujeto estará presente (en su discurso) a costa de mostrarse ausente en su ser, perderse en este lenguaje que lo ha causado. Se entiende que el sujeto no es causa, sino, es causado por el lenguaje, es efecto del mismo que lo hace existir para eclipsarlo en la autenticidad de su ser; este eclipse Lacan lo designa como desvanecimiento del sujeto: el sujeto sólo se puede captar por medio de su lenguaje, como representación (máscara) que lo aliena, lo oculta ante sí mismo. Esta alienación del sujeto en su discurso precisa la división del sujeto.

El sujeto no es un significante ni puede estar en uno, más bien, se localiza entre los significantes, viaja de uno a otro. Sin embargo, el sujeto no es localizable en el lenguaje, solo es referenciado, representado en el lenguaje; paradójicamente excluido e incluido a la vez. El sujeto que postulará Lacan, es el que habita en el lenguaje y está constituido por el lenguaje, pero su ser no se reduce a ser un significante. Su ser es de significante y al más, su ser es alienación y algo más, algo que se resiste a la alienación a la imagen, al significante del otro. El sujeto Lacaniano, apela a ser de él algo más de lo que podemos llegar a saber de su inclusión en el campo del Otro, aquello que lo hace diferente, singular (Landa, 1998).

En este sentido, la metáfora paterna concluye partiendo de: si el orden significante es el que permite aparecer al sujeto, él sólo se encuentra representado en ese lenguaje que lo ha causado. Es por el representante que el sujeto figura en el discurso, y quien lo promueve como sujeto en el discurso, es un significante, sólo puede ser con respecto a otro significante. Por tal, el sujeto se considera únicamente como efecto del significante. De esta manera, Lacan (en: Raifflet-Lemaire, 1981) menciona que “el significante es lo que representa el sujeto respecto de otro significante.” Es entonces que bajo el orden significante, deviene la noción lacaniana del sujeto barrado (\$), el sujeto adviene como tal



borrado a sí mismo. Al respecto Lacan (en: Dor, 1995) dirá “El registro del significante se establece porque un significante representará a un sujeto para otro significante, es la estructura, los sueños, el lapsus y el chiste, de todas las formaciones del inconsciente. Y también es lo que explica la división originaria del sujeto. Al producirse en el lugar del Otro (aún no localizado), el significante hace surgir el sujeto del ser que aún no tiene la palabra, pero al precio de fijarlo. Lo que estaba listo para hablar (...) desaparece pues sólo es un significante.”

Por otro lado, volvamos a la división del sujeto entre el Yo del enunciado y la realidad psíquica que representa según la alternativa de una presencia-ausencia. No obstante la exterioridad del sujeto respecto al Otro es lo que instituirá al inconsciente. El sujeto –infante- aun no dispone del lenguaje. Es en circuito de intercambio de sus padres que el sujeto se nombra, de las permutaciones del Yo al Tú y a un Él, que equivale al cero de Miller. Él es un blanco, un vacío, la negación que hace que la estructura exista: es la condición de las permutaciones del Yo y del Tú. Es entonces que, al ser nombrado en el diálogo entre el padre-madre, el sujeto, se inscribirá en el circuito lingüístico del intercambio más que al ser nombrado en el diálogo de sus padres y al recibir un nombre (Raifflet-Lemaire, 1981).

Esta “muerte” (él-cero-) es condición de la inserción del sujeto en la cadena y su aparición en el orden significante. De esta manera, se origina el sujeto en su singularidad, y a su vez, la constitución del –él- permite la disyunción del Yo, sujeto del enunciado, y del Yo, sujeto de la enunciación, lo cual define lo que hemos estado tratando, la Spaltung. La cual opera en cualquier intervención del significante, entre el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado. Al respecto, Harari (2008) menciona que la enunciación para la lingüística corresponde a las personas gramaticales, indican el sujeto, de la oración (al menos gramaticalmente) de la oración, al enunciador, la enseñanza lacanina es la que destaca que las tres personas (yo, tú, él) no son homogéneas ya que: Él (corresponde a la ausencia, aunque esté presente) tú (puede estar conformado por un vasto ustedes siempre en copresencia). Es entonces que no se debe de

tomar el enunciado como tal, sino como enigma, un jeroglífico en el que el sujeto se esconde. En este sentido, Perrés (2003) retoma de Assoun al mencionar que con la formulación de la Spaltung estaríamos ante el registro esencial y definitivo del “sujeto escindido”, verdadero “sujeto del psicoanálisis”.

Ahora bien, el eje para entender lo que es el sujeto inconsciente, está dado en la división entre lo que ese supuesto “individuo” escindido sabe de sí mismo y, por otro lado, lo que es en sí mismo, en su operar cotidiano, sin que pueda hacer uso de ese saber inconsciente.<sup>1</sup>

### *2.3. Sujeto del inconsciente*

Desde la perspectiva lacaniana, la división del sujeto involucra la necesidad de definir una parte de nuestra subjetividad como sujeto del inconsciente, como sujeto del deseo. Se llega a esta conclusión por la articulación de la relación del sujeto con su discurso por el efecto de la Spaltung (Dor.1995). El hecho de que el sujeto se encuentre dividido por el orden del significante esta implícitamente reunidas en dos formulas que Lacan desarrolla: “Al sujeto, entonces, no se le habla. Ello habla de él y es allí donde él se capta.” El “ello habla” se hace referencia al sujeto en su ser, en la autenticidad y la verdad de su deseo. Pero una verdad de esta índole, no puede ser hablada por el propio sujeto que sólo esta representado en su discurso; lo que puede hacer es hacerla hablar. Partiendo de la metáfora del Nombre del Padre (S2) hace hablar a (S1) ya que el deseo del sujeto (S1) se hace escuchar a través de un significante de sustitución (S2). Es entonces que la dimensión del lenguaje, oculta al sujeto de sí mismo en la verdad de su deseo ó el deseo del sujeto ello habla de él en su discurso sin que lo sepa; el deseo recubre el registro del inconsciente, podemos decir entonces

---

<sup>1</sup> Al respecto, Perrés señala lo siguiente “ El paciente, nos dice Freud, es el único que sabe del significado de su sueño (...) el detalle esencial es que no sabe que sabe y cree por eso no saber, creyendo que ese mismo saber sobre sí mismo le vendrá de afuera, del analista (...) la labor analítica no será otra cosa que conectar al paciente con su saber inconsciente portador de verdades sobre sí mismo (...) verdades, procesales y cambiantes, que sólo podrán emerger e ir produciéndose y construyéndose a partir del discurso del paciente”. Por lo que Assoun mencionará que “se trata de que a partir del “sujeto del relato” se pueda encontrar en él y totalmente apresado en éste, al “sujeto inconsciente”.

que el sujeto en la verdad de su deseo puede ser considerado como sujeto del inconsciente.

El “ello habla de él” designa a este sujeto del inconsciente constituye aquello de lo que estamos ineludiblemente separados al estar únicamente representados en el lenguaje. El sujeto hablante articula permanentemente algo de su deseo en el “desfiladero de la palabra”. Ahora bien, la articulación de un discurso supone la identificación de los dos aspectos que lo caracterizan: el enunciado del discurso y el acto de enunciación que elabora ese enunciado que, desde el punto de vista de Lacan, es fundamental para especificar la relación que el sujeto hablante mantiene con el inconsciente y el deseo.

La distinción entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación, nos remite a la oposición fundamental que Lacan señala entre lo dicho y el decir, que consecuentemente se refiere a la verdad del sujeto que sólo puede decirse a medias. (Dor, 1995).

Lacan (en: Dor, 1995) menciona al respecto “ ‘Lo dicho’ no existe sin ‘el decir’, se ve que es el caso de muchas cosas, de la mayor parte, incluida la cosa freudiana tal como la he situado, como lo dicho de la verdad (...) Así es que ‘lo dicho’ no existe sin el ‘el decir’. Pero si bien lo dicho se presenta siempre como verdad, aun si nunca pasa de ser un dicho a medias, el decir sólo se acopla al existir, es decir, al no ser de la ‘dit-mensión’ de la verdad.” Entonces el sujeto adviene gracias al lenguaje, producido en el acto mismo de la articulación significante, es decir en la enunciación, pero, al aparecer en el lenguaje se pierde dentro de él, en la verdad de su ser puesto que sólo aparece representado y, al mismo tiempo, la verdad del sujeto, se muestra únicamente a través de aquello que permite el advenimiento del sujeto, esto es, la articulación del lenguaje, en su enunciación. Podemos decir que el sujeto del inconsciente, el sujeto del deseo debe ser localizado al nivel del sujeto de la enunciación, dirá Lacan (en: Dor, 1995) la presencia del inconsciente para situarse en el lugar del Otro, debe buscarse en todo discurso en su enunciación. El inconsciente entonces, aparece en el decir y en lo dicho, la verdad del sujeto se pierde y aparece con la máscara

del sujeto enunciado; para hacerse oír no le queda otra salida más que decirse a medias.

Por otro lado, para Lacan (en: Montalbán y Blanco, 2010) la noción de sujeto no apunta sencillamente al concepto consciente de agencias; más aún, para Lacan como ya lo hemos dicho, el sujeto es el sujeto del inconsciente. Es en esta línea, que la dimensión simbólica introduce la distinción Otro-otro paralelo a la distinción sujeto-yo.

Continuando con esta línea, Lacan pretende devolver su lugar al inconsciente freudiano a partir de la consideración de éste como los efectos de la palabra sobre el sujeto. Montalbán y Blanco (2010) mencionan que el inconsciente aparece concebido a partir de que el sujeto se constituye por la suma de estos efectos del significante. Es por la palabra que el sujeto aparece a partir de la división, de la incertidumbre: el sujeto empieza en el lugar del Otro, en tanto lugar donde surge el primer significante, como lo que representa un sujeto ante otro significante.

En la oposición que Lacan hace del sujeto y del Otro, posiciona al Otro como lugar donde se sitúa la cadena significativa que rige todo lo que el sujeto podrá hacerse presente, en el campo de ese ser viviente donde el sujeto tiene que aparecer ; el sujeto, depende del significante que está primero en el campo del Otro.

Por otro lado el sujeto que sólo está presente en su discurso en la medida en que está representado, se compromete a través de su discurso a un acto de apariencia. Al figurar como un representante, el sujeto articula su discurso que sólo puede ser un discurso de apariencias con respecto a la verdad de su deseo. La división del sujeto constituye una brecha abierta a todos los engaños, el cual se origina, en que los enunciados que el sujeto articula sobre sí mismo constituyen y mantienen una verdadera mitificación en la que él se aliena en pleno registro imaginario, esto es: el acceso a lo simbólico que permite al sujeto

independizarse de la dimensión imaginaria en la que se encuentra inscrito en un principio, lo salva de esa captura pro lo precipita aún más en ella.

Es entonces que el Yo del enunciado, fijado en el orden del discurso tiende a ocultar cada vez más al sujeto del deseo, con ello, va a constituir una objetivación imaginaria del sujeto, quien no tendrá otra salida más que identificarse con los diferentes representantes que lo actualizan en su discurso, en donde, inicia un desconocimiento total de lo que él es desde el punto de vista de su deseo. Estos múltiples representantes en los que el sujeto se pierde tienden a condensarse en una representación imaginaria que será, en adelante, la única que el sujeto podrá darse a sí mismo y por la que a través de la cual podrá captarse. Esta objetivación imaginaria del sujeto con respecto a sí mismo es el propio Yo, pero al decir que el Yo se cree el propio Yo, se muestra con exactitud la captación imaginaria a la que el ser hablante se encuentra cada vez más atado. Por lo tanto, si el Yo es una construcción imaginaria por la que el sujeto se objetiva a sí mismo para sí mismo, por medio de sus propios representantes, toda subjetividad estará invadida por una paradoja. De la cual, se podrá dar cuenta de ello en la identificación y más propiamente en el estadio del espejo. El esquema de la subjetividad que se produce a través de la conquista de la identidad originaria permite al niño iniciar su promoción subjetiva hacia el acceso a lo simbólico, a lo que pondrá fin a la relación especular imaginaria con la madre, pero, ese acceso a lo simbólico es precisamente lo que organiza una recaída del sujeto en lo imaginario que culmina con el advenimiento del Yo.

#### *2.4. La Identificación*

El psicoanálisis conoce la identificación como la exteriorización más temprana de una ligazón afectiva con otra persona (Freud, 1986). Podemos argumentar que es el antecedente del complejo de Edipo, retoma al padre como su ideal y a su vez, muestra dos lazos psicológicamente diversos, por un lado con la madre con una investidura sexual de objeto y con el padre, se identifica y lo

toma como modelo. Sin embargo, a lo largo de la vida anímica, convergen ambos lazos, y por esa confluencia nace el complejo de Edipo. Freud (1986) menciona al respecto, el niño “nota que el padre le significa un estorbo junto a la madre; su identificación con él cobra entonces una tonalidad hostil y pasa a ser idéntica al deseo de sustituir al padre también junto a la madre.”

En este sentido, el destino de esta identificación con el Padre se puede perder, el complejo de Edipo puede experimentar una inversión, se toma al padre como objeto en donde las pulsiones sexuales desean satisfacerse, en este caso, la identificación se vuelve en la iniciadora de la ligazón de objeto que recaen sobre él. Esto es: como primer caso el padre es lo que queremos ser y en el segundo, el padre es lo que quiero tener. Entonces, la diferencia dependerá si la ligazón recaiga en el sujeto o en el objeto del yo. De estas ligazones, la primera es posible antes de toda elección sexual de objeto. Entendamos pues, que la identificación anhela la configuración del yo propio semejante del otro como “modelo”.

Por otro lado, la identificación es un elemento importante en la constitución y en la formación de los sujetos, los dos procesos son conformados en el registro de lo imaginario. El sujeto se constituye alienadamente a una imagen, con la que se identifica, percibe la ilusión de su cuerpo unificado, pero separado de la madre. De esta manera, la imagen es testigo de la unidad propia y de la su diferencia con lo otro; dando paso al deseo y a la fantasía, el deseo de la madre que hace falta en el bebé lo hace desear, constituyendo su deseo.

Por otra parte, la formación es un complejo de identificaciones que resignificarán la diferencia de cada experiencia en relación con los otros, cada ausencia o saber nuevo que dé cuenta de esa diferencia. En otro término, la formación es una continua resignificación de los saberes y de las teorías sobre las experiencias infantiles, que dejan ver las diferencias, separaciones, ausencias que reclaman reconocimiento, nombre, elaboración, interpretación y construcción de conocimiento (Ramírez y Anzaldúa, 2005).

Por ello, la identificación juega un papel importante en la construcción del sujeto como en la formación de los sujetos de una sociedad, ya que es el mecanismo que permite el reconocimiento de la otredad y por ende la transmisión de lo social. Pero también podemos decir, que la identificación es un mecanismo cuyo origen se encuentra en el denominado Estadio del Espejo propuesto por Lacan; el cual expondremos sus tres fases brevemente:

1. El infante reconoce su imagen en el espejo como si fuera otro, busca las partes del cuerpo, sonrío, saluda, grita. Lo ve en unidad pero no adviene su propio cuerpo unificado por lo que supone otro.
2. Lo que tiene enfrente, lo reconoce, no es otro, es la imagen integrada pero le parece ajena, en nada se parece a su cuerpo fragmentado, atrapado en la inmadurez.
3. El niño, reconoce que la imagen del espejo es la suya, anticipa su madurez al verla integrada, unida y reconocida por un tercero. El cual, le permitirá significar al bebé, su imagen acompañada de adjetivos múltiples y lo más importante, aliena al niño en una imagen (Ramírez y Anzaldúa, 2005).

De esta manera, el niño reconoce su yo en una imagen soportada y construida en significaciones imaginarias a partir del otro. El yo "creado" es el que presentará ante los demás y ante sí como si fuese su ser, pero, al reconocerse yo, se desconoce realmente, ya que llamar yo a una imagen es un engaño. Sin embargo, este mismo reconocimiento en la imagen logra la identidad como parte de una especie y diferenciada respecto al otro. Es entonces que, la identificación en primera instancia con la madre o el padre, es estadio del espejo y los otros operan como soporte de las significaciones hacia nuevos objetos de identificación.

Sin embargo, la construcción del Yo en la que el sujeto se aliena no es independiente de la existencia del otro. El Yo, sólo puede tomar su valor de representación imaginaria, por el otro y con respecto al otro, puesto que es una imagen del sujeto proyectada a través de sus múltiples representantes (Dor,

1995). La mirada del otro cobra relevancia ya que afirma que la imagen que percibe es realmente la suya, por lo que el advenimiento de la subjetividad que se “esquematiza” al nivel del estadio del espejo deja ver cómo el Yo, como construcción imaginaria, aparece ineludiblemente sometido a la dimensión del otro.

El sujeto, pues, se constituye deseante y la sociedad es quien lo forma, mediando su deseo, reprimiendo sus pulsiones; represión obligada para acceder al orden simbólico de la cultura (Ramírez y Anzaldúa, 2005). La formación de un sujeto inicia en su exterioridad, su deseo inconsciente encuentra expresión en los actos, elecciones, proyecciones, prácticas, discursos, resignificando esa exterioridad; se reinterpreta. Podemos decir que el sujeto se “modela” en función de diversas series de expectativas sociales, el sujeto en formación resignifica y asume las expectativas de una manera singular partiendo de factores subjetivos: los deseos, fantasías, marcando la forma en que significa en ese mundo de exigencias construido por los otros que de este modo se unifica y cobra identidad. La cual, confirma la separación del cuerpo y el ser de la madre se resignifica con cada relación que guarda con sus pares (otros). En este sentido, podemos decir que el sujeto va identificándose de diferentes formas, con sólo aquello que le significa.

En este sentido, Berenstein (2000) menciona que el sujeto resulta no únicamente de la investidura del yo a partir de los otros, del yo corporal, inicialmente fragmentado y sus mecanismos, los de investidura, son la identificación expresada como -deseo ser como tu- (imposición) dicho como – debes ser como yo-. Entendamos que la imposición es un mecanismo constitutivo del vínculo como también puede serlo de defensa: es la acción de otro sobre el yo al establecer una marca no dependiente del deseo de quien la recibe, y que



requiere de una relación entre quien la impone y a quien le es impuesta. Lo cual abre camino para las relaciones de poder.<sup>2</sup>

Entonces la identificación y la imposición son con y desde el otro, principalmente con los padres en relación con un bebé a quien por otra parte, establecen marcas inconscientes en la fundamentación de su psiquismo y empujan una forma de ser y de hacer. Sin embargo, los padres no son los únicos en esta formación, sino también los vínculos significativos que el niño, establecerá con los otros.

En un vínculo significativo se producen marcas inconscientes propias de la pertenencia a esa relación. Ellas establecen una suplementación de su yo-sujeto, construido desde su infancia e instituido nuevamente como un sujeto en la relación (vínculo) significativo. Aquí se puede entender que estamos hablando *sujeto del vínculo*. Es entonces que vuelve a darse un -deseo ser- (identificación) como un -deber ser- (imposición) puede observar que converge un “deseo” infantil y un “deseo” actual. Los cuales conllevan una fuerte marca socio-cultural, en donde se ofrecen múltiples identificaciones que prometen al yo un “paraíso”, que deviene siempre un paraíso perdido: el lugar de la pertenencia a un subconjunto (social) que impondrá una cierta manera de ser. Pero, parte de esa imposición viene sobrepuesta una identificación, de allí que sea difícil discernirlas, por tal, pertenecer a un subconjunto lo hace sujeto social.

De esta manera (podemos decir) se produce un yo escindido, así como un sujeto múltiple y es múltiple por el conjunto de suplementaciones del sujeto correspondiente a cada vínculo significativo, que lo hace, precisamente indeterminado, ya que se determinaba en la relación con el yo-cuerpo, las pulsiones y el vínculo con el otro y con lo social. El sujeto, entonces, se sostiene en el sentimiento de pertenecer inherente al vínculo, que es distinto, al sentimiento de identidad inherente al yo, ambos hacen a la construcción de la subjetividad.

---

<sup>2</sup> Las relaciones de poder son instituyentes al sujeto tanto en la relación con el otro como en relación con lo social para producir el sujeto social. En los vínculos con los otros, circulan sexualidad relaciones de poder. No se remiten una a la otra, sólo circunscriben dos universos distintos aunque no pueda superponerse al otro.

### 2.5. *El Sujeto, el otro y el Otro*

Para el psicoanálisis pensar en el sujeto lo tenemos que hacer partiendo de dos campos: el sujeto propiamente tal (ubicando al ser) y el del Otro (al sentido, ubicado en el campo del Otro, lugar de significantes y del lenguaje). Entonces, el sujeto no es quien da sentido a su discurso, sino es el otro, a quien el discurso se dirige. De esta manera, el sentido juega en primera instancia, en el campo de otro concreto, a su vez y del mismo modo que el sujeto que habla, da sentido a un lenguaje que no le es propio, le es dado constituido por los significantes del lenguaje, que es el lugar del Otro, pero, como éstos no poseen un encadenamiento predefinido, el sentido que le dan al lenguaje “dado” no es sólo tiene un significado, lo que dice está abierto al sentido. Por tanto, “el sujeto sólo puede constituirse alienándose en el Otro, donde lo que dice toma sentido, el cual a su vez retorna al sujeto en forma de enigma de lo que dijo sin quererlo decir. He ahí porque el inconsciente sea para Lacan el discurso del Otro.” (Fernández, 2002).

En este sentido podemos decir que en el campo del Otro, es donde el significado, adquiere sentido, y en virtud de su diferencia con el resto de otros significantes. Por ello, el sujeto en tanto que hablante se desvanece en el significante que lo representa, que a su vez, es otro significante (el sujeto como ya lo mencionamos, no está incluido en la cadena significativa, es resultado en el lugar mismo donde la cadena se corta. Lacan (1989 en: Fernández, 2002) refiere al respecto “Este corte en la cadena significativa es el único que verifica la estructura del sujeto, como discontinuidad en lo real.”

Por otro lado, la relevancia que Freud da al otro en la constitución del sujeto, partiendo de los procesos de identificación, es entonces que la realidad psíquica de un sujeto se constituye a partir de los otros con quienes se identifica, que toma como modelos, como objetos de amor, los interioriza y los forma parte de sus instancias: el yo, el ideal del yo y el súper yo se constituyen por identificación, conformando la fantasía de su espacio psíquico y por lo tanto como

menciona Kaës (en Ramírez y Anzandúa, 2005) “la realidad psíquica de un sujeto introduce las formaciones y procesos de la realidad psíquica de otros sujetos”.

Por otro lado, este otro del que se habla, se encuentra vinculado en la gran entremaraña de la constitución del sujeto pero, toma una “doble forma” diferente, esto es, un “otro” y “Otro”. El otro puede ser cualquier cosa por qué, se encuentra como una red organizada simbólicamente, la identidad del sujeto se devela y es dependiente de su reconocimiento ante el otro y que éste reconoce al primero, puede entenderse como el que asigna los “lugares” del otro. El Otro es esa red simbólica, en la que se encuentra el orden la cultura y la sociedad es de cierta manera, el que asigna los “papeles de los Otros”.

Podemos partir de aquí (como ya hemos mencionado) que el sujeto, se constituye, se asume como sujeto a partir de la compleja relación de su espacio psíquico, con el otro y Otro y por el conjunto de procesos subjetivos o más bien como lo afirma Ramírez y Anzandúa (2005) transubjetivos “en tanto que se encuentran más allá de cada sujeto, son efecto del afuera de las estructuras que hacen carne al sujeto” (como: los deseos inconscientes, los fantasmas, las representaciones, sus vicisitudes, sus vínculos, su identificación, las formaciones inconscientes y la transferencia, entre otras) con los demás sujetos (que a su vez constituyen la suya) imaginándose como personas dando sentido a su existencia.

En este sentido, la noción de la existencia no depende de del sujeto mismo, sino del otro, a través de éste, es como se confirma la existencia, de quien es (soy), como es (soy) el otro es el que da sentido, Argüero (2007) menciona al respecto de una forma radical “no hay existencia del sujeto si no es existencia en el otro.” (pág. 309) por tanto siempre habrá otro aunque sea de forma interna, nunca se está solo.

### 3.- CONCEPTO DE SUJETO Y DIFERENCIACIÓN

*“... el sujeto se muestra  
como esa extraña totalidad  
que es y no es al mismo tiempo.”*

*Cornelius Castoriadis*

El entrecruzamiento de los múltiples discursos acerca del Sujeto es lo que constituye el espacio simbólico que ha de contenerlo como ser concreto, inscribiéndolo en un conjunto de significados de su propia condición. (Fernández, s.f.). Por lo que su esencia social, la conciencia de sí y la libertad de sus actos, aparecen como caracterizaciones que definen el orden del deber ser y el régimen bajo el cual se darán los privilegios y sanciones a las que finalmente quedará sujeto. La conciencia de sí y la libertad de acción que aparecen como premisas para sustentar el orden de su inscripción, son puestas en duda y dejadas a un lado a partir de la consideración de lo inconsciente. Ya que por sí misma la noción de inconsciente insta un concepto distinto de sujeto, ubicándolo en lo reencontrado en lo que su propio saber oculta, en las determinaciones mismas, incluso, de su saber sobre él y de las maneras de generarlo, en otras palabras, es precisamente en la no conciencia de sí y en la ignorancia de los determinantes más íntimos de sus actos.

De esta manera la implicación para considerar así al sujeto es, redimensionar los discursos que dan cuenta de él. Orientar su comprensión desde él mismo y no únicamente desde la formalidad discursiva de las diferentes disciplinas que hablan de él; en este sentido retomar al sujeto como actor (y no como ente que aparece y desaparece) de su propia historia personal, de la cual es protagonista encarnado, que construye y genera íntimamente desde sus deseos, sus vínculos y su mundo.

Fernández (s.f.) señala que la noción de Sujeto constituye el postulado necesario de cualquier discurso, sin embargo no es una abstracción formulada a

partir de sujetos concretos como lo diría la tradición positivista, sino más bien es una creación. Refiriéndose a que el Sujeto freudiano es un Sujeto creado por el mismo despliegue discursivo del psicoanálisis. Donde el Sujeto del que se habla no existe más que en el proyecto de él implícito en el discurso que de él habla. De igual forma, lo señala Vergote, el analizante se prueba sujeto sumido al discurso, que la palabra en primera persona, exige y trae al sujeto a su encuentro y búsqueda.

En sí para definir al Sujeto, Fernández (s.f.) retoma la definición dada por Assoun “el Yo en tanto que Otro” haciendo referencia a que, lo que se devuelve como escuchado constituye la imagen de mi en “Otro”, de igual manera lo relaciona Ramírez y Anzandúa (2005) al señalar que el otro y el Otro son parte constitutiva del sujeto; así mismo este Otro habrá de ser semejante para que “Yo” pueda advenir, es decir, la construcción del Yo, no tiene mayor sentido sino es frente a “Otro”. Por tanto el Sujeto no es más que un artificio, un espejismo, una creación discursiva que permite la ilusión de que hay algo sujetable. Para el psicoanálisis el Sujeto es una creación, un Sujeto al que basta dejarlo hablar, siendo precisamente, esto lo que se promueve en la clínica psicoanalítica, sin embargo lo que se revela en el dispositivo analítico es en efecto, un Sujeto, pero en su singularidad, es un sujeto el que habla, no “El Sujeto”, este sólo es hablado desde la teoría.

Desde esta perspectiva, siguiendo a Fernández (s.f.) hablar sobre el sujeto exige una postura con respecto a su proyecto, posibilitando por un lado la amplitud de sus opciones o por el otro, restringirlo y alienarlo en las reglas de lo que el discurso es admisible, trayendo consigo intentos por fijarlo en un estatuto en el que su destino queda definido y con ello, liberándolo de la responsabilidad que tiene para con su propia creación. Pero el “giro” para hablar del sujeto será como cuestión y como proyecto, cuestión del sujeto, para el psicoanálisis, es la cuestión de la psique como tal y de la psique socializada que a su vez, la cuestión del sujeto es la cuestión del ser humano en sus innumerables singularidades y universalidades; como proyecto, por que más allá de una psique y de unas

instancias que engloban a un sujeto, es una unidad del ser humano, que se presenta hablando con propiedad, aquello que se hace en un análisis: es en particular, el proyecto, del fin de análisis, bajo la condición de entender de qué unidad, de qué género de unidad se trata (Castoriadis, 1992).

Ante esto la pregunta que se formula por el sujeto: ¿quién viene al análisis? es este ¿quién? que se relaciona con el modo de la subjetividad que llamamos individuo social. Pero el preguntar por el sujeto la pregunta ¿quién? se plantea (deviene digamos) en cuanto el psicoanalista interpreta, es entonces que el “quién” no es dirigido hacia el individuo social que se encuentra en el diván sino a alguien invisible y ante la pregunta ¿quién escucha la interpretación? Castoriadis (1992) menciona al respecto, no cobra sentido más que “suponiendo cada vez una cierta visión del sujeto y del estado del sujeto, no como sustrato o substancia inmaterial, sino como capacidad emergente de acoger el sentido y de hacer con él algo para sí: acoger un sentido pensado y hacer con él algo para sí al pensarlo. Es alrededor de estos términos: la acogida de un sentido pensado, la reflexión del sentido propuesto o presentado, que gira lo esencial de la problemática del sujeto como proyecto psicoanalítico”. Es entonces que la interpretación es descifrada por el propio paciente bajo su propio riesgo y la esencia, de dicha interpretación, dependerá de lo que él (el paciente, el sujeto) haga con ella: si la acepta o la rechaza, se manifestará el sujeto como fuente indeterminable de sentido, de capacidad de reflexión y de acción. Lo cual “nos puede decir” que el estatuto, en tanto que analistas y analizantes, de la instancia que puede o no reflexionar, obrar, decidir, entre otras; es este estatuto el que el término sujeto recubre, pero puntualicemos que estatuto no lo refiramos a una realidad o substancia, sino como pregunta –que implica interrogarnos interminablemente- y proyecto –lo que se apunta por medio de la cura es transformar efectivamente de alguien, que no es previsible ni definible de antemano pero que a su vez no es cualquiera-.

En el análisis, al cual asiste este –sujeto- “no cualquiera”, el objeto de exploración es la psique inconsciente y su mira, es “ayudar” al analizante a modificar “su” relación con “su” inconsciente aunque nunca se topa con él, sólo

percibe fugazmente algunos efectos de él como en los sueños, el lapsus o en los actos fallidos. Pero con quien sí se encuentra, es siempre con un ser humano de carne y hueso, que se comunica, que habla en un lenguaje particular, que tiene una profesión, un estado civil, orientaciones, etc. Por lo cual, se está siempre frente a una realidad humana, en donde la realidad social, recubre la realidad psíquica; el sujeto se muestra como esta extraña totalidad que es y no es al mismo tiempo, composición paradójica de un cuerpo biológico, de un ser social, de una persona, de una psique, un todo heterogéneo y no obstante definitivamente indisociable. De esta manera se presenta el fenómeno humano, ante lo cual debemos pensar la pregunta por el sujeto. (Castoriadis, 1992).

En este sentido, preguntarnos sobre el sujeto no es sólo en el sentido teórico conceptual que se ha tratado con anterioridad, aquel sujeto que es hablado por el lenguaje, que forma parte y es soporte de una estructura; con una psique estructurada, que deviene a partir del Otro, pero no para ser Otro sino para ser él mismo; el sujeto por el que nos preguntamos también, es aquel sujeto singular implícito en la teoría y que viene a emerger, a ser creado en la práctica clínica psicoanalítica. Veamos a qué nos referimos al hablar del sujeto singular.

### *3.1. El sujeto de la singularidad*

La concepción de -un- sujeto pleno, con potencialidades y condicionantes, productor de la historia a la vez que producto de esa misma, nos conduce a pensar en la singularidad -del sujeto- tratando de comprender la posibilidad instituyente de todo sujeto.

Sin embargo, desde otro punto de vista, pero aportando en la misma línea de pensamiento, se trata de entender al sujeto como un entrecruzamiento de aspectos universales, particulares y singulares: lo universal expresa la condición de seres humanos, con derechos y capacidades; universal en tanto horizonte de sentido, el "deber ser". En lo particular, se comprende al sujeto en sus condiciones sociales de existencia, la pertenencia, su modo de vida, su historia

social familiar, lo que "hace ser", y por último, lo singular, es el aspecto que da cuenta de la individualidad del sujeto como ser único e irrepetible, su configuración subjetiva; se trata del "es" como síntesis. En este sentido, el modo de comprender la categoría de sujeto nos compromete con la dignidad humana reconociendo al otro como sujeto de derechos, a la vez que nos exige la reflexión sobre las condiciones de vida presentes e históricas para entender sus necesidades, intereses y deseos, su expresión como ser singular (Cazzaniga, 1997).

En la teoría psicoanalítica se genera la posibilidad de plantearse acerca del destino del sujeto y al mismo tiempo, la propuesta de que si el sujeto pertenece al campo de la indeterminación; esto quiere decir: para la teoría analítica ningún significante puede nombrar al sujeto. Sujeto, pues, es allí un artilugio (aparato, mecanismo, etc.) para referirse a algo innombrable. En otras palabras, ningún sujeto podrá, jamás, ser idéntico a cualquier palabra que lo nombre.

El Sujeto, como noción, es justamente en psicoanálisis, más que una nominación de una sustancia o fenómeno, un término que nos debe llevar al campo de la apelación. *Sujeto* es el pretexto para abordar un campo en el que solamente es posible eso: dirigirse a él con palabras. De ahí que la teoría del sujeto tenga también para el psicoanálisis una connotación de intervención de la palabra respecto al destino: hablar del sujeto es llamar al sujeto, pero asimismo hacer un llamado por el sujeto (Landa, 2002).

El sujeto, se le llama y se le intenta nombrar, responde. El sujeto es quizás eso y nada más que eso: una respuesta, el lugar de donde proviene una respuesta. La pregunta que se impone entonces es: ¿Quién responde? ¿Quién o qué habla cuando el sujeto habla? En las palabras que enuncia, el sujeto es nada o es la multitud que lo habita, es en todo caso permanente alienación parcial en la que los significantes lo interpelan, dándole y quitándole a la vez el sentido que busca al enunciarlos. Por tanto, la apropiación de tales significantes



siempre es también parcial, y la propiedad que el sujeto puede tener de su discurso es relativa. Por otro lado, Landa (2002) menciona que el sujeto, radicalmente, no puede encontrar su singularidad en palabras que le vienen del Otro. El sujeto del que nos habla la teoría analítica puede tratar de hallar su identidad en lo que construye como un objeto: su Yo. Sin embargo, tal identidad es imposible - y en la clarificación de este punto consiste uno de los legados de Lacan -: el sujeto no es el Yo, para este autor, el Yo como sujeto, como efecto del significante, "... está muerto pero no lo sabe", se encuentra mortificado por su excentricidad, por su necesaria remitencia al campo simbólico que lo distancia de su cuerpo real e imaginario y lo hace ex-sistente. Mientras tanto, el sujeto en tanto yo representaría aquello que de impensable, irreferible, indecible queda sin ser abarcado por el Yo como instancia unificadora.

Es entonces que la singularidad del sujeto quedará referida a aquella parte que restará más allá de los efectos de alienación. Lacan, por su parte, propondrá llamar –ser- del sujeto a aquella región supuesta como efecto de sujeto a partir de una alienación parcial primordial, región que a pesar de poder considerarse como el reducto de una singularidad radical, en ningún momento podrá ser planteada como núcleo sustancial del sujeto y quizá tampoco, como propiedad exclusiva del sujeto particular del que se trate.

En efecto el sujeto responde y habla, pero desde la perspectiva Lacaniana, a pesar de que ahí donde habla, no es - "Pienso donde no soy" y después "o no pienso o no soy" - la búsqueda del sujeto en el habla no cesa. La identidad del sujeto no es pues otra cosa que la extraña identidad de su indecibilidad. No es otra cosa que la inútil pasión del deseo amarrado al campo del intercambio con el Otro. Es entonces que el sujeto, no está allí donde piensa y habla, y es allí donde no puede dar cuenta. Cuando vuelve y testimonia, aquello ya pasó, ya no es más. Y sin embargo, el sujeto también es la pasión de ir y volver, de las palabras donde no es sino a condición de ser alienado, al lugar del silencio en donde no sabe lo que es. Desear es para el sujeto el reto de ser constituido, y reconstituirse a cada momento como un Yo, sabiendo que tal construcción es sólo provisional y

no le abarca, no le equivale, no lo es. El reto de además, saber que el vacío que le constituye, es un agujero contorneado que ni siquiera le pertenece, en tanto que su función es estar en relación con los otros agujeros, en tanto que aquello que le es más singular, es lo que más radicalmente comparte con los otros sujetos: su ser constituido a partir del agujero (Landa, 2002).

En este sentido, lo agujerado, lo fisurado es lo Real para Lacan. Si bien no le falta nada, no está lleno. Justamente es esa fisura, lo que le permite anudarse a otros registros subjetivos (imaginario, simbólico). Pues lo simbólico no estructura lo Real, sino que hace lazo con él. Esa fisura del Real nos conduce a que el sujeto ya no es sujeto del inconsciente, del significante, sino que se constituye en una red más amplia que la de lo simbólico. Lo Real fisurado, implica que el sujeto no es sólo sujeto del lenguaje. Ya que al permanecer el sujeto en lo Real -no agujerado- no permite el anudamiento de los otros dos registros por lo cual, no se puede nombrar, pero al fisurarse se articula con lo simbólico y con lo imaginario para “dar paso” al Otro y así estructurar su yo, crear el sujeto.

Es por ello que el planteamiento del sujeto singular, da pie para hablar de aquel sujeto particular, único, que tiene una madre con la que formó un vínculo desde cachorro humano, que a forjado su propia historia, su propio síntoma, su propia formación edípica (como estructura psíquica), sus propios fantasmas, que si bien desde aquí, lo hace singular y se diferencia de los otros sujetos, lo cual cobra relevancia desde la perspectiva analítica.

En la práctica psicoanalítica (como en otras prácticas psicológicas vista desde su propia perspectiva) es donde se ponen “a trabajar”, se revelan, se observan; los vínculos, los síntomas, la creación estructural psíquica, etc., que constituye y construye al sujeto. Que si bien, los sujetos guardan relación general en el paso de su construcción psíquica (pensemos en el Edipo, en el narcisismo, en la identificación, etc. Como “utensilios” constructivos) pero, no es la misma construcción en cada sujeto, ya que en efecto el sujeto es una creación única de cómo fue construido. En este sentido, la experiencia clínica a demostrado que

ciertos síntomas que presentan los pacientes, no pueden comprenderse únicamente partiendo de la historia personal del sujeto que los porta. Para su mayor comprensión es necesario considerar al sujeto como eslabón de la cadena que lo precede y a la que pertenece, reconociendo la existencia de procesos de repetición ligados a las generaciones anteriores (Losso y Packciarz, 2007). En este sentido, la transmisión transgeneracional, hará (también) referencia particular a la formación de una psique de deseos, fantasmas, síntomas, etc., del sujeto inserto en la “cadena social” que aunque no le es propia –aún- creará un sujeto único, singular.

### *3.2. Transmisión transgeneracional*

El concepto de transmisión transgeneracional siguiendo a Lebovici (1993, en: Tapia y Pérez, 2011) señala que el foco ha sido puesto sobre los conflictos infantiles de los padres, con su respectiva infancia de los abuelos, constituyéndose así lo que él designa como "el mandato transgeneracional". Más tarde el mismo autor señala que partiendo de la transmisión intergeneracional hace posible comprender los efectos de los conflictos de la infancia de los padres en el desarrollo de sus hijos. La transmisión intergeneracional también introduce a las generaciones de los abuelos dentro de la vida psíquica de los hijos, a través de los conflictos infantiles de los padres, ya sea preconscious o reprimido. (Lebovici, 1994. en: Tapia y Pérez, 2011).

Por otro lado de acuerdo con Kaës (1993, en: Losso y Packciarz, 200), existen tres modos de transmisión transgeneracional:

- Transmisión intrapsíquica, partiendo de la teoría de los sueños de Freud, los contenidos psíquicos se transmiten desde lo inconsciente hacia lo preconscious o consciente, o bien –siguiendo la segunda tópica- de una instancia psíquica a otra.

- Transmisión intersíquica (o intersubjetiva) se origina en el grupo familiar, como transmisión intergeneracional. Por esta vía se transmiten las investiduras narcisistas en el contexto del contrato narcisista, ideales, valores, modalidades defensivas, mitos, experiencias de separación, los vínculos intersubjetivos que generan un espacio psíquico entre los sujetos y las identificaciones.

- Transmisión transpsíquica, está constituida por aquello que proviene directamente del psiquismo de otro o de otros-exteriores al sujeto, pertenecientes a otras generaciones (padres, abuelos, bisabuelos, personajes significativos de la mitología familiar), y que "atraviesa" la psique de los sujetos. En este nivel falta el espacio transicional que permite la transformación de los contenidos recibidos en elementos propios, impide que se pueda llevar a cabo el proceso de elaboración transgeneracional, la transmisión no se efectúa entre los sujetos sino a través de los mismos. Son contenidos "en bruto", casi sin procesamiento, lo que puede ser sentido por el receptor como "desvitalización" o la presencia de algo extraño que aliena y que perturba. El espacio intersubjetivo queda severamente limitado. Lo que se transmite no es transformado; es pues una transmisión repetitiva.

Ahora bien, partiremos desde la perspectiva de transmisión transgeneracional que utilizaremos como vehículo, para dar cuenta como: la función materna, el estadio del espejo, el narcisismo, el Edipo, la identificación, el fantasma y el síntoma, forman la psique del sujeto. Que si bien, como ya hemos mencionado anteriormente, son constituyentes del sujeto pero que a su vez construyen y crean a un sujeto único:

- a) La función materna: primer vínculo entre el cachorro humano y la madre la cual fungirá también como espejo y Otro (por mencionar algunos) sobre el cuerpo materno, es donde se extraerá de allí los

significantes desde los cuales se posicionará en la cadena social, pero esta red de significantes no es únicamente donde el infante se insertará para tomar lo que necesita para sobrevivir, sino también en la red del deseo del Otro. La función materna entonces lo ha instalado en su subjetividad (y podríamos decir colectiva también) como un cuerpo imaginado, la primera representación del hijo como ser unificado, sexuado y autónomo, así como también la primera acción libidinal, cesión narcisista para dar cuenta de la localización del hijo como objeto de deseo que da pie, al primer espejo donde se va a mirar el infante. Rodolfo (1991) se preguntaba ¿dónde viven los niños?, entendiendo que el espacio donde adviene una criatura es, además del espacio de la cultura, un espacio simbólico particular y particularizante, que le incumbe a él. Lugar del Otro, lugar simbólico pero peculiar para ese sujeto determinado: “mito familiar”, lo llamó Rodolfo (1991) como el conjunto de significantes dispuestos –relacionados, encadenados- de determinada manera, como un collage de palabras, actos, dichos, normas, formas de regulación del cuerpo. La historia de sus padres, el momento en que es concebido, si es esperado y fundamentalmente para qué; tendrá un nombre por elección y un apellido que lo situará en un linaje, una red de leyendas familiares, deseos y temores. En el mito familiar aparece el régimen deseante que le da ubicación desde antes de nacer, estableciendo qué significa en ese lugar ser padre, ser madre, ser hijo, ser hombre, ser mujer; también, ser ese hijo. Este collage es un saber que captura la existencia del sujeto; es un espacio que denominamos Otro –y no sencillamente “lo simbólico”- porque si no es encarnado por alguien el sujeto sencillamente se muere. Es necesario hasta para la supervivencia física que el Otro (en este caso lo llamamos e imaginamos como madre) done un lugar al chico, un lugar en lo fundamental inconsciente para el mismo Otro, que está hecho de su deseo, de lo que el niño representa para él.

Este momento lo llamamos alienación, no en el sentido contingente con el que se suele usar, sino como condición estructural para que el organismo se transforme en un sujeto. La función de este primer Otro –Otro primordial- además de ofertar los primeros significantes amos, es la de transformar el cuerpo biológico del chico en un cuerpo humano, cuerpo paradójico que registramos a partir del placer y del dolor, cuerpo fragmentado por zonas erógenas, cuerpo que se desprende de la necesidad y de su objeto específico, cuerpo donde el Otro –su deseo inconsciente- dejará marcas indelebles. Y es que efectivamente lo simbólico produce una desviación de las necesidades, que son codificadas por el Otro y subvertidas en su función. El niño grita. El Otro (por suerte paranoico) significa el grito –ese grito en el límite con lo animal, grito primordial de pura reacción refleja- como una llamada, invocación al Otro. “Tiene hambre”, dice la madre. “me dice que tiene hambre”, codifica la madre desde su historia singular. Otra dirá, tiene frío, llora porque me extraña, vaya a saber... Pero el “me dice” lo está prefigurando como sujeto (Mariani, s.f.).

- b) El estadio del espejo: este espejo –madre y familia- es el que normalmente le va devolviendo al niño la noción de ser él mismo, de reconocer y nombrar sus afectos, sus estados de ánimo, sus deseos, etc. Es entonces que el rol que juega el bebé (cachorro humano), es el de ser portador de un mandato de la transmisión familiar, participa en el equilibrio familiar y es portador de un secreto de familia, el cual, reproduce la manera de ser de los padres, y a su vez la manera de ser de los abuelos, esto es el mandato que es dado al bebé a través de generación tras generación. Al respecto, Freud (1912, en: Losso y Packciarz, 1997) mencionaba que el bebé deberá cumplir los sueños, los irrealizables de los padres. Estos deseos que contienen a su vez las representaciones provenientes de otras generaciones (vivencias de antepasados) así como la

herencia de fantasías que preceden al sujeto (fantasías originarias, transmitidas transgeneracionalmente, producto de la experiencia cultural).

- c) El narcisismo: el narcisismo de un sujeto se apuntalaba sobre la generación que lo antecedió, ya que en la consideración de los padres debía realizar sus sueños irrealizados. El sujeto quedaba dividido entre la doble necesidad de ser para sí mismo su propio fin y ser el eslabón de una cadena generacional a la que está sujeto sin la participación de su voluntad (Nussbaum, 2009). Por su parte Piera Aulagnier (1975, en: Lasso y Packciarz, 1997) menciona que el sujeto debe asegurar la continuidad del linaje y del conjunto social, para que esto suceda la familia y el grupo social deben investir narcisísticamente\* al nuevo miembro, asignándole un lugar social, que le es significado como ideales, valores, modos de lectura de la realidad, conforme al mito familiar. De esta manera, se establece un contrato narcisista que permite así la transmisión de lo cultural, y lleva a que el sujeto tome un lugar y un sentido en las cadenas generacionales a las que pertenece. Así el sujeto es, "narcisizado" desde su grupo familiar, pero también deberá ser un servidor que debe dar satisfacción a las necesidades narcisistas de su familia de origen.
- d) Complejo de Edipo: las zonas erógenas con satisfacciones parciales y aisladas se organizan bajo la supremacía fálica, dando una unidad a las sensaciones corporales, consolidando la formación del yo. La aparición definitiva del yo realidad, determinará que el autoerotismo, de paso al narcisismo, este podrá ser desexualizado y devenir así en amor sobre una abstracción del propio cuerpo: es decir, el yo. En el Edipo, es donde se enfrentan –el niño y la niña- a la primera

---

\* Lasso y Packciarz mencionan que a las tres afrentas al narcisismo señaladas por Freud (1917), la del descubrimiento copernicano (la tierra no es el centro del Universo), la del darwiniano (el hombre es un animal más) y la del psicoanalítico (el hombre no es totalmente dueño de sus actos, pues es gobernado por su propio inconsciente), se podría agregar una cuarta afrenta: el hombre no sólo es gobernado por su inconsciente, sino por el inconsciente *de otros*.

diferenciación de sus cuerpos, esto es, a la diferenciación sexual, donde se valora narcisísticamente el masculino como único genital. Esta situación resulta traumática para los dos, la niña siente que no lo tiene, y el varón que puede ser despojado de él. Así la diferencia sexual en este período se plantea entre fálico y castrado. Se condiciona así el surgimiento del complejo de castración, que determina la ansiedad de castración en el hombre, y la envidia del pene en la mujer. El objeto termina por ser reconocido como principal fuente de placer, al tiempo que se admite definitivamente que no se es, y por tanto que se desea tenerlo (Losso y Packciarz, 1997).

Con base en esto se da inicio a la peculiar relación triangular de este período, que inicialmente Freud (1910, en: Correa, s.f.) conceptualizó tal y como está descrita en el mito, es decir la forma positiva del Edipo. Más adelante situando al Edipo en un lugar posteriori de los elementos que lo determinan. El Edipo se encuentra marcado por las prohibiciones, los deseos y por las peripecias de los antecesores. Si el sujeto parte a una búsqueda de sí mismo, en una ilusión de individualidad, de una virginidad de ser, se encuentra con historias de familia, por lo que el Edipo es el mito de una singularidad dentro de una historia de familia, de un saber sobre sí que se desborda en lo transgeneracional. La herencia del complejo de Edipo en la instancia súper yoica, instalará la Ley por parte del padre y a su vez el mito familiar. En este sentido la Ley del deseo, regulación interna (del sujeto) del deseo. Lefort y Lefort (1983) mencionan que la transmisión del padre del padre hacia el hijo, donde se demuestre tener algo deseable que lo convierte en deseante, y que la capacidad de satisfacer eróticamente a la madre puede muy bien encarnar y por el otro lo transgeneracional de ser el ideal conforme al mito familiar, el cumplimiento de los deseos insatisfechos.



- e) Identificación: una de las distintas particularidades que le dan identidad propia; es la identidad individual como sujeto único y polimorfo, pero también como producto de condiciones sociales e históricas en que se desenvuelve. A través de la inclusión, el Yo del sujeto se interconecta con los otros, y por la exclusión, al propio Yo nadie le puede ocupar su lugar, ni éste lo puede compartir. El Yo hace del sujeto algo único, pero también comporta una posición común con los otros en la medida que todos pueden hablar y poseer un Yo el cual, es la sede de las identificaciones, y de donde también se desarrollan las identificaciones (Sánchez, Zárate, Espinoza, Hernández, Gutiérrez y García, 2011). El Súper Yo en tanto que heredero del complejo de Edipo. Desde esta perspectiva –dada por la segunda tópica– el sujeto del inconsciente es, además de un sujeto de la pulsión, un sujeto de herencia. Su subjetividad está instituida por identificaciones adquiridas en el seno de una matriz familiar que otorga lugares, plantea ideales, propone ejes axiológicos con prescripciones y proscripciones, prefigura conflictos. Las relaciones interpersonales internalizadas –resultado de identificaciones–, juegan un fuerte papel en los conflictos intrapersonales. El sujeto tiene una identificación inconsciente alienante con el ancestro con quien tiene un pacto denegativo que adquirió por amor a un padre poseedor de una cripta (un secreto) y heredero de un fantasma (Nussbaum, 2009). El sujeto que manifiesta el síntoma lo que busca inconscientemente es abrir el secreto guardado y poner fin al sufrimiento familiar, desafortunadamente la mayoría de las veces lo que obtiene es una repetición de la historia, con los infortunios que esto conlleva.
- f) El Fantasma y el Síntoma: la transmisión de lo que adolece la falta de significación. Partiendo del concepto de cripta, Rand (1995, en Tapia y Pérez, 2011) menciona que cuando una experiencia difícil por ser dolorosa o vergonzosa no se introyecta, se convierte en

trauma, el cual queda congelado, convirtiéndose en una cripta la cual, va a matizar no solo una parte sino todo el psiquismo de una persona. Esto quiere decir que la persona va a organizar su vida en torno a la cripta (pensamientos, sentimientos, conductas). Dando como resultado un indecible que origina un fantasma innombrable (para un padre) que no podrá ser objeto de representación verbal, el efecto producido en un hijo portador de fantasma activo viene siendo “impensable” para sus descendientes. De esta manera nos encontramos con angustias sin nombre y con síntomas corporales bizarros (Tisseron, 1989, en: Tapia y Pérez, 2011). Se trata de contenidos ignorados por los hijos con una existencia presentida. Así, los hijos de padres portadores de criptas pueden desarrollar dificultades en el pensamiento, problemas en el aprendizaje, fobias. En la generación de los nietos ocasionará impensables y podrá dar una clínica con sensaciones, emociones, imágenes bizarras sin correlato con la vida psíquica o familiar. Puede también dar lugar a conductas adictivas, delirios, trastornos psicossomáticos.

Si bien entonces, se ha partido desde estos cinco aspectos o conceptos fundamentales y constitutivos del sujeto, “invistiéndolos” desde la perspectiva transgeneracional para tratar de constituir un espacio psíquico (una subjetividad) del sujeto que podremos llamar singular, único. El sujeto atrapado en la cultura, y la familia no es la misma a la que “corresponden” cada sujeto –mi madre no es como la tuya- lo que nos hace entender que la red de significantes y el sentido que se generen serán específicos y por consiguiente distintos.

Por otro lado, diremos entonces siguiendo a Mariani (s.f.) que entender la subjetividad como no identificable a los cuerpos que la portan, es entenderla desde una perspectiva histórica, como universos de significaciones que laten en el espacio social; significaciones que enmarcarán la constitución de cada sujeto en particular. El problema de plantear la singularidad subjetiva o psique, nos

conduce al planteamiento de la noción de individuo, en donde sí es localizable los cuerpos concretos pero, a partir de la constitución del sujeto del inconsciente y desde el campo del A (el lugar del Otro) es que se replantea el estatus de individuo. En este sentido el sujeto no se identifica con lo interior, ni el inconsciente como un sujeto dentro del sujeto.

Sin embargo, Castoriadis (1992) plantea que la unidad del ser humano singular es la unidad-identidad del individuo, esta unidad-identidad es la de su definición social singular: su nombre, estado civil, sexo, etc. La unidad-identidad es en primer lugar el punto de referencia y sobre todo unidad de atribución-imputación, sin la cual, el funcionamiento de la sociedad no existiría. Al respecto Botella (2010) menciona que cuando definimos a un sujeto, por nombre Pedro habría que decir: Pedro es un ser humano, es alto, es rubio, es enfermero, es laborioso, es Rh+, etc., Pedro como sujeto sólo queda definido si es suficientemente marcado, de modo que sus atributos y cualidades lo identifiquen distinto de cualquier otro Pedro posible existente. La dificultad que se plantea del definir un sujeto por los atributos –significativos- es que todos ellos forman un conjunto de especificaciones, pero, si cada especificación puede ser “predicada” de otro sujeto, el conjunto puede no ser definitorio de la singularidad del sujeto. Estaríamos a la ley de probabilidades de que con “X” definiciones incluidas en el conjunto se identificara singularmente a un sujeto, pero cabría la posibilidad de haber un otro igual. Así, se puede concluir que el conjunto de cualidades no definen la singularidad si no existe una que dé forma inequívoca, sólo pueda atribuirse a él –a un sujeto-. Aunque una cualidad que sólo pueda ser atribuida a un sujeto no define al sujeto si se prescinde de todo lo demás que se puede definir de ese sujeto –podemos entenderlo partiendo de que un significante es lo que representa al sujeto para otro significante-.

Por otro lado, el sujeto es influido en su desarrollo tanto por lo intergeneracional sino también por lo transgeneracional, dicha transmisión se da de manera inconsciente: gracias al amor ciego que un descendiente tiene por un objeto transgeneracional, ligándose con un padre narcisista con quien se identificó

inconscientemente de manera alienante. La persona va a organizar su vida en torno a la cripta o al fantasma y este se manifestara en los periodos de inestabilidad a través de una conducta o lenguaje incongruente. Si se logra detectar la situación que generó la cripta se podrá elaborar la experiencia liberándose de la cripta y del fantasma, aminorando o anulando el sufrimiento de los miembros del sistema (Tapia y Vélez, 2011).

En este sentido el psiquismo del sujeto singular incluye en su funcionamiento producciones del otro y de la cultura no homogeneizadas por los procesos de internalización y que alcanzan el status de representatividad (Spivacow, s.f.). Lo que hace pensar la formulación paradójica de Landa (2002) lo más singular del sujeto, su ser, es a la vez que indecible, aquello que lo une más estrechamente a los demás. Lo social, por su parte, si bien le viene de fuera, deviene lo más íntimo y lo que le permite hacer lazo con los otros sujetos.

## CONCLUSIONES

Si bien el sujeto está implícito en toda la obra freudiana, hay que extraerlo en una relectura de sus textos ya que no se enuncia tan explícitamente. Entender el concepto de Sujeto requiere una exhaustiva búsqueda en los autores del psicoanálisis contemporáneo o post-freudianos que son los que sin lugar a dudas se han referido a dicho concepto de manera explícita dentro de la teoría psicoanalítica. En este sentido cabe señalar, que una de las características de este trabajo es la inclusión o coexistencia de diferentes autores da punto de partida para discutir y señalar las posturas divergentes y aún contradictorias al seno del ámbito psicoanalítico, pero que nos permiten problematizar el concepto de Sujeto como aspecto nodal de la teoría psicoanalítica. La importancia imperante de reflexionar sobre las bases epistémicas de cada discurso a efecto de poder entender y respetar su especificidad discursiva.

La construcción que han llevado a cabo del concepto de Sujeto es en base a la revisión de las obras de Freud, los diversos autores tienen como principal idea que dentro de la teoría del Objeto de Freud no se puede dejar a un lado e incluso no se puede entender si no se toma en cuenta el concepto de Sujeto, por lo que establecen que habría que buscar el concepto de Sujeto para Freud en como maneja al Yo a lo largo de su obra. Ante lo cual, se ha visto que el yo es el resultado de la historia de las identificaciones. Es también la exigencia de unidad, de autonomía; es decir, que el yo es el lugar donde el sujeto desconoce sus determinaciones, es una función de desconocimiento, una defensa contra nuestra condición de sujetos. Es pura pasión por el significado, por la coherencia, por la unidad: pasión de ser y por lo tanto, de resistencia al deseo. En cambio, a sabiendas del orden de lo inconsciente del Sujeto, lo cual fractura ese saber consciente y postula una condición alienante, de-centralizante y que a su vez no encuentra una existencia empírica situada para él.

Por otro lado, al ser un Sujeto-soporte, se entiende y encuentra el Sujeto en la constitución de su espacio psíquico, en tanto al lugar que ocupa dentro de su estructura y la representación de la misma, a esa entremaraña y compleja relación que guardan ambos aspectos, dan pie a su identificación con los Otros, a su subjetividad e identificación con los sujetos que a su vez, es y se transubjetiva, se llega a enunciar y reconocerse como sujeto.

El concepto que se ha extraído a lo largo de los distintos puntos de vista teóricos, permitió que se entienda al sujeto como una creación, el sujeto que trata el itinerario Freudiano es un sujeto creado por el mismo despliegue discursivo del psicoanálisis. El sujeto del que se habla no existe más que en proyecto de él implícito en el discurso que de él habla. Entendámoslo partiendo de la idea de Fernández (s.f.) al señalar que: nadie, es la negación del alguien en tanto positividad; nos encontramos ante una imposibilidad de hablar del sujeto de manera absoluta, aún más desde el propio psicoanálisis, porque en tanto abstracción, es negación de su positividad, es, por tanto creación, de otro modo, bastaría dejarlo hablar.

El sujeto entonces no es más que un artificio, un espejismo –se insiste- una creación del discurso que permite la ilusión de que hay algo sujetable y que, por tanto, hay sentido y que hay un sentido más allá de quien se lo da. Entonces el sujeto se encontrará siempre de forma implícita, nunca se ha ido, se encuentra ciertamente no como substancia, sino, como cuestión y proyecto. Para el psicoanálisis, el cuestionamiento del sujeto es la cuestión de la psique como tal y de la psique socializada, manteniéndose en un proceso de socialización.

Podemos decir que para el psicoanálisis el concepto de Sujeto es manejado y encontrado como un Sujeto creado, sujetado a la cultura, a la Ley, a un mundo simbólico donde por medio de la prohibición del incesto nos pondrá en condiciones de acatar las normas sociales, también esta sujetado a un lenguaje, a un significante, a su estructura Edípica, etc. Por tanto, el Sujeto es efecto de lo social, de la historia colectiva y singular que se encuentra en permanente construcción dando paso al proceso de subjetivación.

Si bien entonces el concepto de Sujeto alude a distintas determinaciones y conceptualizaciones partiendo también, de las diferentes posturas psicoanalíticas de las cuales es objeto de estudio. Podemos entender y partiendo de que el Sujeto es un ser social y que, en tanto su realidad no es meramente inmutable que sea externa a él ya que, mediante procesos psíquicos interioriza, objetiva, significa y resignifica dando un sentido y constitución de una realidad e identidad, en estrecha relación intrasubjetiva con otros sujetos; entendiendo a su vez la determinación que suponemos por parte del Otro no libera de responsabilidad al sujeto; si bien los lugares que el Otro otorga son necesarios, la posición del sujeto frente a esta determinación es producto de sus elecciones, limitadas pero posibles: de nuestra posición de sujetos somos siempre responsables. En este sentido la función del Otro –por ejemplo: de forma inter o transgeneracional- en el cachorro humano, bebé o infante (en el proceso de devenir sujeto) no únicamente consiste en repetir o introyectar los deseos (entre otras cosas) incumplidos, haciendo de esto una construcción psíquica pre-establecida que deviene de la historia precedente y que formará parte de nuestra propia historia personal, única, singular lo cual hace pensar que no existiría un desarrollo del psiquismo –una subjetividad “nueva”-. Sin embargo toda introyección es una construcción “introproyectiva” quiere decir: lo que el niño introyectará será exclusivamente al mismo niño una proyección ilusoria que reincorporará a sí, el Otro no tendrá nada que ver; pero en este punto se articula una parte de la realidad, lo que falta a partir de lo transformado, de lo que encuentra el niño dando un sentido, digamos propio- es en función con el sentido de lo que se ha dado -del Otro- por lo que podemos distinguir que “existirá” una subjetividad única y singular.

El abordaje del concepto de Sujeto siempre cobrará relevancia tanto en la teoría como en la práctica psicoanalítica, ya que es precisamente lo que menos aparece en los diferentes discursos que pretenden dar cuenta de él. La implicación para hablar del sujeto de acuerdo con Fernández (s.f.) implica una toma de postura respecto a su proyecto, posibilitando la ampliación de sus opciones por un lado o por el otro, restringir el espectro de sus deseos y alienarlo en las prescripciones de lo que el discurso es admisible. Ante esto retomaremos a

Assoun (1993) cuando menciona que la paradoja del concepto de Sujeto en la teoría psicoanalítica es que dicha teoría testimonia que el Sujeto es el “prejuicio necesario” de su teoría y praxis. Pero precisamente este presupuesto es producido por éste al desplegar su experiencia sui géneris desde este punto de vista, define al concepto de Sujeto a través del uso que hace de él. Así mismo establece que a pesar del aparente carácter inoperante del concepto de Sujeto en Freud del cual él hace tan poco uso explícito y normado como lo haría de cualquier otro, es evidente que el concepto y la función de Sujeto atraviesan toda su teoría y sostienen su praxis. Aunque sea precisamente después de Freud que el concepto de Sujeto haya recibido un estatus psicoanalítico.

Para finalizar, quedan otras líneas de abertura no desarrolladas que el propio trabajo anteriormente expuesto dejan, puntos de partida para una extensión del mismo así como otros puntos de vista para abordar el sujeto, éstas serían: el Sujeto en tanto efecto del atrapamiento en el campo de lo sexual, el deseo del Sujeto, el desarrollo de sus pulsiones, las relaciones de parentesco, la castración, la elección del objeto, la fijación, entre otras líneas que si bien no fueron abordadas no queda exentas o fuera del campo de trabajo psicoanalítico, quedan más bien para seguir el abordaje del Sujeto.



## BIBLIOGRAFÍA

1. Argüero., A., R. (2007). La importancia del Otro en la conformación del sujeto. en: Aguado, Avendaño y Mondragón (2007) Historia, psicología y subjetividad. México: UNAM-FESI.
2. Assoun, P. L. "El sujeto del psicoanálisis", en *Anamorfosis*, n.1, México, 1992. *Introducción a la metapsicología freudiana* (1993), Buenos Aires: Paidós, 1994.
3. Berenstein, I. (2000). Conferencias Una visión personal del psicoanálisis de las configuraciones vinculares. Pre-Jornada de las Jornadas anuales AAPPG.
4. Botella, J. (2010). La especificación del sujeto. Papeles para el progreso. Recuperado el 31 de mayo 2012. Disponible en internet URL <http://www.papelesparaelprogreso.com/numero53/5301.html>
5. Braunstein, N. A. (1982). Psiquiatría teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan). México : Siglo XXI.
6. Castoriadis, C. (1992). El psicoanálisis proyecto y elucidación. Buenos Aires: Nueva Visión.
7. Cazzaniaga, S. (1997). El abordaje desde la singularidad. Recuperado el 31 de mayo 2012. Disponible en internet URL [http://www.ets.unc.edu.ar/ets/index.php?option=com\\_remository&Itemid=27&func=startdown&id=348](http://www.ets.unc.edu.ar/ets/index.php?option=com_remository&Itemid=27&func=startdown&id=348)
8. Correa, P., L., E. (s.f.). Estructura Edípica y rasgos orales en el carácter. Revista *Polimonart* [versión electrónica]. Recuperado el 31 de mayo 2012. Disponible en internet URL <http://www.clinicamontserrat.com.co/psimonart/volumen1-1/PSIMONART%201%20Cap05.pdf>
9. Dor., J. (1995). Introducción a la lectura de Lacan. El Inconsciente estructurado como lenguaje. Barcelona: Gedisa.

10. Fernández., G., C. (s.f.). El sujeto más allá de la metapsicología y de la metafísica. Conferencias presentadas en el curso propedéutico. Instituto de formación Armando Suárez. Manuscrito no publicado, Círculo Psicoanalítico Mexicano, A. C. México.
11. Fernández, G., C. (2002). Una introducción al tema del sujeto en Jacques Lacan. En: Concepciones de Ser Humano, México: Paidós. P.177-188.
12. Freud, S. (1986). La pulsión y sus destinos. En: Obras completas contribución a la historia del movimiento psicoanalítico trabajos sobre metapsicología y otras obras. T. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
13. Freud, S. (1986). La represión. En: Obras completas contribución a la historia del movimiento psicoanalítico trabajos sobre metapsicología y otras obras. T. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
14. Freud, S. (1986). Lo Inconsciente. En: Obras completas contribución a la historia del movimiento psicoanalítico trabajos sobre metapsicología y otras obras. T. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
15. Freud, S. (1992). Obras completas El yo y el ello y otros escritos de metapsicología. Madrid: Alianza.
16. Freud, S. (1986). Obras completas más allá del principio del placer, psicología de las masas y el análisis del yo y otras obras. T. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
17. Jacobo, Flores y Yrizar. (1999). El sujeto y su odisea. México: UNAM-Campus Iztacala.
18. Kaës., R. (1995). El grupo y el sujeto del grupo. Buenos Aires : Amorrortu.
19. Lacan, J. (1994) La relación de objeto. Buenos Aires: Paidós.
20. Lacan, J. (2002) La significación del falo. Escritos II. Buenos Aires: Siglo XXI.
21. Landa, R., F. (1998). Universidad Nacional Autónoma de México, Sujeto y estructura en la teoría psicoanalítica. Tesis. México.
22. Landa, R., F. (2002). Ética, teoría del sujeto y acción social. Revista *Mal estar e subjetividade* [versión electrónica]. 2 (1). Recuperado el 4 de junio 2012. Disponible en internet URL

[http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1518-61482002000100004&lng=pt&nrm=iso](http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1518-61482002000100004&lng=pt&nrm=iso)

23. Lefort, R., y Lefort, R. (1983). *Nacimiento del Otro, dos psicoanálisis Nadia (13 meses) y Marie Françoise (30 meses)*. Barcelona-Argentina: Paidós.
24. Losso, R., y Packciarz, L., A. (2007). Repetición transgeneracional. Elaboración transgeneracional. La fantasía inconsciente compartida familiar de elaboración transgeneracional. *Revue internationale de psychanalyse du couple et la famille*. Recuperado el 4 de junio 2012. Disponible en internet URL [http://www.aipcf.net/web/doc/2007-1-francais\\_2009415102144\\_2010122010229.pdf](http://www.aipcf.net/web/doc/2007-1-francais_2009415102144_2010122010229.pdf)
25. Maioli, S. (s.f.). *Del objeto perdido al objeto transicional*. Argentina: Universidad Argentina J.F.K.
26. Mariani, E. (s.f.). *Hacia una genealogía del sujeto*. Recuperado el 4 de junio 2012. Disponible en internet URL <http://www.perio.unlp.edu.ar/fundamentos/sujeto.doc>
27. Montalbán, M. y Blanco, P. (2010). *El sujeto del psicoanálisis*. Recuperado el 31 de mayo 2012. Disponible en internet URL [http://www.andaluciaacanianana.com/textos/ex\\_pbmm.htm](http://www.andaluciaacanianana.com/textos/ex_pbmm.htm)
28. Nussbaum, S. (2009). Identificaciones alienantes y repetición. Una contribución acerca de la transmisión transgeneracional. *Psicoanálisis*, 31 (1); 153-166. Recuperado el 30 de marzo 2012. Disponible en internet URL [http://www.apdeba.org/images/stories/Publicaciones/Revista\\_Psicoanálisis/PDFs/2009/1/nussbaum.pdf](http://www.apdeba.org/images/stories/Publicaciones/Revista_Psicoanálisis/PDFs/2009/1/nussbaum.pdf)
29. Perrés, J. La categoría de subjetividad, sus aporías y encrucijadas. Apuntes para una reflexión teórico-epistemológica. En: Jáidar, I. (2003). *Tras las huellas de la subjetividad*. México UAM Xochimilco.
30. Rabinovitch, D., S. (2003). *El concepto de sujeto en la teoría psicoanalítica*. Buenos Aires: Manantial.

31. Radford, L. (2000). Sujeto, objeto, cultura y la formación del conocimiento. [Versión Electrónica]. *Educación Matemática*, 12 (1), 51-69. Recuperado el 23 de marzo 2012. Disponible en internet URL [http://www.psychology.laurentian.ca/NR/rdonlyres/AE70D754-A488-47F2-8A54-AE69B8DC323B/0/Objeto\\_sujeto\\_cultura.pdf](http://www.psychology.laurentian.ca/NR/rdonlyres/AE70D754-A488-47F2-8A54-AE69B8DC323B/0/Objeto_sujeto_cultura.pdf)
32. Ramírez, G., B., y Anzaldúa., A., R., E. (2005). Subjetividad y relación educativa. México: UAM- Xochimilco.
33. Ravinovich, D., S. (1995). Lectura de la significación del falo. Buenos Aires: Manantial.
34. Ravinovich, D., S., (2003). El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Sus incidencias en la dirección de la cura. Buenos Aires: Manantial.
35. Rifflet-Lemaire, A. (1981). Lacan. Buenos Aires: Hermes-Sudamericana.
36. Rodolfo, R. (1991) El niño y el significante. Buenos Aires: Paidós.
37. Sánchez, G. A. G., Zárate, G. G., Ceja, B. A., Espinoza, G. M. C., Hernández. P. M. T. Gutiérrez, F. M. L y García, S. M. T. (2011). Complejidad, sujeto y psicoanálisis. [versión electrónica] Revista de psicología *Uaricha*. 15, 28-46. Recuperado el 4 de junio 2012. Disponible en internet URL [http://www.revistauaricha.org/Articulos/Uaricha\\_15\\_028-046.pdf](http://www.revistauaricha.org/Articulos/Uaricha_15_028-046.pdf)
38. Spivacow, M. (s.f.). La perspectiva intersubjetiva y sus destinos: la terapia psicoanalítica de pareja. Aperturas psicoanalíticas. Revista internacional de psicoanálisis. (011). Recuperado el 4 de junio 2012. Disponible en internet URL <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000205&a=La-perspectiva-intersubjetiva-y-sus-destinos-la-terapia-psicoanalitica-de-pareja>
39. Tapia, P. M. A., y Pérez, V. M. N. (2011). La transmisión transgeneracional del psiquismo. Revista de psicología *Uaricha*, 8 (16); 45-52. Recuperado el 4 de junio 2012. Disponible en internet URL [http://www.revistauaricha.org/Articulos/uaricha\\_0816\\_045-052.pdf](http://www.revistauaricha.org/Articulos/uaricha_0816_045-052.pdf)
40. Vergote, A. (1973) El sujeto en psicoanálisis. En: Problèmes de psychanalyse. Desclée de Brouwer : París.